9.

DISCURSOS

LEIDOS EN LA

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS,

EN LA RECEPCION PUBLICA

DEL

Excmo. Sr. D. Fermin Caballero.



MADRID:
IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS,
calle de San Mateo, núm. 5.
—
1868.

DISCURSO

DEL

SEÑOR DON FERMIN CABALLERO.

Señores:

Es tan anchuroso, variado y rico el campo de la elocuencia, corren por él con tanto brio y seductora gracia los talentos privilegiados, que ni hay regla absoluta, ni prescripcion concreta, que limite fijamente lo que es, lo que debe y puede constituir un *discurso académico*; con ser tan frecuente que escuchemos admirados este género de oraciones, leidas por escritores eminentes ante asambleas literarias eminentísimas, y en medio de un concurso por mil títulos respetable. Mas el buen sentido y la práctica admitida dicen, que tales arengas deben contener, cuando ménos, dos cosas: lenguaje correcto y asunto digno.

En cuanto á la forma de la expresion, no es lo comun contentarse en estos escritos con exactitud y pureza. Encargados *casi siempre* de componerlos (la escepcion de hoy os probará por qué digo *casi siempre*) literatos distinguidos, oradores famosos, talentos sobresalientes ó sabios calificados; léjos de quedarse á ese nivel, rasante con la medianía, se elevan al estilo más sublime, encantando al auditorio con la diccion ga-

lana y las maneras retóricas, moviendo los afectos con la armonía de los períodos y la brillantez de las imágenes, y sosteniendo el interés con la magestad y la elegancia de la frase. De aquí han nacido las de *peinar*, *pulir*, *levantar*, *subir* y *sublimar el estilo*, que solo cuadran á privilegiadas y contadas composiciones.

Líbreme Dios de aspirar á tanto encumbramiento, impropio de mi carácter, y que presentaria mi discurso con careta, fácil de arrancar. Por temperamento, por hábito y por mi peculiar género de estudios, encontré siempre mayor deleite en el severo y conciso estilo de Tácito, que en el sonoro, abundante y conmoviente de Ciceron: me encantaba más el decir preciso, castizo, expresivo y correctísimo del doctor Heredero, de quien tuve la fortuna de aprender de viva voz, que el poético, grandilocuente y entusiasta de Martinez de la Rosa.

De aquel ha dicho un escritor á conciencia, contestando á otro, que ingresaba en la Academia Española, disertando sobre la *Oratoria sagrada*, que era «orador sublime y ferviente patriota»: y despues de copiar trozos admirables de la oracion por las *víctimas de Zaragoza*, sin duda porque desconocia otras que hizo de superior mérito, concluia con este arranque de entusiasmo nacional: «Los oradores más célebres de España y de fuera no pasan de aquí.»

Del estilo del segundo véase la calificacion que hace su sucesor en la misma Academia: «culto, fácil, sentimental y florido en ocasiones, claro, elegante, académico siempre.»

Cada cual alimenta su espíritu de lo qne mejor le sienta y cuadra: cada uno, trabajando en su esfera, llega donde puede. Yo necesito y pido vuestra indulgencia para mi pobre y familiar decir, ya que he puesto de mi parte cuanto alcanzo, á fin de que, al ménos, no ofenda vuestros respetos por desaliño é incorreccion. Y al presentarme tan sinceramente humilde, no es que desconozca, que la carencia de ciertas dotes, suele presuponer otras, que en algun modo compensan. Tal vez podais

contar con mi asiduidad y fijeza, con mi perseverancia en analizar, con mi constante amor á lo cierto y á lo justo. No me pidais mas; que nadie dá lo que no tiene.

El asunto de mi discurso debia estar asimismo en armonía con el carácter y condiciones del escritor; nada de tésis abstractas: nada de elucubraciones atrevidas y fantásticas: nada de exclusivismo: nada de pura imaginacion. Mi tema, sin que yo me esforzase en procurarlo, habia de ser concreto, de aplicacion, sin espíritu de secta, y en vez de afeminado, varonil.

A las dificultades generales de los discursos académicos, se añaden otras especiales de los que son destinados á solemnidades como la presente. El neófito, á mas de tributar su reconocimiento al cuerpo literario, que generosamente le abre sus puertas, tiene por costumbre, que hacer conmemoracion del difunto académico, en cuya plaza ingresa; tarea grata al corazon, espinosa para la conciencia, y que no deja de embarazar á quien no ha podido valorar la cuantía de la pérdida, máxime en una Academia reciente, que solo cuenta cuatro individuos fallecidos. Quiero descargarme de estas deudas, para entrar desde luego en materia, sin mas preámbulo.

Las gracias que á la Academia debo son tantas y tales, que no alcanzarán á pagarlas, ni mi reconocimiento más profundo, ni las sentidas manifestaciones de mi respeto y adhesion hácia este cuerpo científico, que, en su génesis, cuenta ya laureles bastantes para justificar lo que vale el vigor virginal. Unicamente diré, en significacion de mi gratitud, que esta es la primera vez, y este ilustre cuerpo el único (1) en que me veo satisfecho, aceptando el puesto honroso de académico numerario. Lo demás no debo yo proclamarlo anticipadamente, lo dirá el tiempo.

---

(1) Presenté este discurso en 25 de Enero de 1865: por consiguiente le habia redactado mucho tiempo ántes de escribir el que leí el año último á mi ingreso en la Real Academia de la Historia.

Del mérito del Excmo. Sr. D. Nicomedes Pastor Diaz, cuya silla me ha señalado vuestra benevolencia, sabeis más que yo los que le tuvísteis á vuestro lado, utilizando sus especiales dotes. No logré yo la satisfaccion de tratarle; pero fué grande la que experimenté oyendo cumplidos elogios de su capacidad á mi amigo, el elocuente orador y Ministro probo, que en 1836 le elevó en la carrera administrativa y política, donde le vimos brillar muy luego, diputado á Córtes en 1843, primer Ministro de Comercio, Instruccion y Obras públicas y Rector de la Universidad central en 1847, y académico desde la creacion de este cuerpo en 1857. Al sentimiento que todos habeis hecho por tan temprana muerte, poco puede añadir la sencilla flor, que á su memoria consagro.

Estoy en el momento de anunciar mi tésis:

EL HOMBRE ES PERFECTIBLE;

PERO NO INFINITAMENTE PERFECTIBLE.

Ni la cuestion es nueva, ni la manera en que yo la considero soluble deja de tener poderosísimos impugnadores. Importa tanto en la marcha de los negocios públicos y particulares; abarca de tal modo los intereses de la sociedad y del indivíduo; y se hallan tan comprometidos en ella el amor propio del hombre, su pasado, su presente y su porvenir; que era indispensable que excitase la atencion de muchos, y más hondamente de las eminencias pensadoras. Un gran número de autores celebérrimos la han tratado incidentalmente ó de propósito, y pocos, rarísimos la han resuelto de una manera aceptable. Temeridad parece el intentar hombrearse con tantas sumidades del talento, é insensatez el añadir algunas hojas á los abultados volúmenes consagrados á este asunto. Arrostraré esos inconvenientes en el arrobamiento de mi afan investigador; me esforzaré en tratar la materia con el interés que se merece; y procuraré asentar mi opinion sobre los fundamentos

más sólidos: á vuestra ilustracion y á la del público sensato toca el juzgar mi trabajo y el deducir consecuencias.

En dos clases pueden agruparse las diferentes escuelas doctrinales, que, discurriendo en sentidos diversos y contrarios, han confundido la verdad con abstracciones, tanto más seductoras y venenosas, cuanto embellecidas con las galas del ingenio, con las fórmulas convincentes de la ciencia, y con la rigidez venerable de una moral austera. Reseñaré ligeramente los dos campos.

De un lado sábios célebres, filósofos bienaventurados, ideólogos y psicólogos abstrusos, individualistas altivos, utopistas extraviados y optimistas sin límites, que mirando con lentes de color de rosa, y creyendo en la perfeccion interminable, se han propuesto hacer del hombre un ángel ó un semi-Dios, soberano absoluto de todo lo creado, para cuyo regalo y deleite exclusivos se hizo el mundo, con los animales que somete á su dominacion, los vejetales que aprovecha y los tesoros que extrae. Lo mismo los séres que más se acercan al hombre en facultades, que los que le aventajan en la perfeccion de los sentidos; así los que todavia desconoce, como los que no ha acertado á definir, ni pasan de ser brutos, ni tienen otro destino en la creacion, que estar sujetos á su servicio ó reservados, como en despensa, á sus antojos sucesivos.

De otra parte están misántropos desapacibles, moralistas exagerados, metafísicos incomprensibles y pesimistas atrabiliarios, que todo lo ven opaco y sombrío, resbaladizo ó pecaminoso: gentes para quienes el hombre no es más que un vil gusano, una criatura débil y flaca, expuesta á una corrupcion siempre creciente, y esclava de sus pasiones: tan humilde hechura de Dios, como el pájaro y el árbol.

Segun aquellos, el hombre, rey supremo del universo, está destinado á sojuzgarlo todo, á gozarlo todo, á saberlo todo, y á una felicidad completa, temporal ó eterna. Porque, en efecto, quien tiene facultades para domeñar los demás vivientes; para

sondar las entrañas de la tierra y la profundidad de los mares, arrancándoles sus preciadas riquezas; para surcar los Oceanos, desafiando las olas, las corrientes y los vendavales; para elevarse en la atmósfera á mayor altura que el águila y el condor, y medir el curso de los astros y predecir los eclipses; para robar, en fin, á la naturaleza sus secretos, apoderándose de los elementos, llevando á la última potencia la fuerza del vapor, y sirviéndose del rayo en sus conversaciones instantáneas, á millares de leguas del otro interlocutor: quien de tal manera juzga que comparte y disputa la Omnipotencia del Criador, ¿no ha de esperar con God-Win, que llegue el dia en que cada individuo sea un filósofo, en que se hereden las virtudes y las verdades, y en que la tierra se transforme en un paraiso de felicidad universal? Estos soñadores todo se lo prometen y aguardan del tiempo, que aniquilará los errores, aumentando más y más las luces positivas, y con ellas asegurará el triunfo de la verdad y la permanencia de la felicidad humana. Bajo este punto de vista ilusionados, cada evolucion de la sociedad es un paso adelante, cada teoría nueva un progreso, cada descubrimiento una trinchera más avanzada para escalar la fortuna permanente y la suprema ciencia. Las desdichas humanas consisten en la tiranía de la autoridad, en la injusticia de las leyes, en que no se dan al individuo las libertades completas y omnímodas que le corresponden, y á que tiene derecho inalienable la autonomía personal. Las historias que contradicen estos idilios fantásticos están escritas por cronistas asalariados; pero si nunca ha faltado el freno de poderes dictatoriales y despóticos, dia llegará, dicen, en que la humanidad se redima.

Segun los otros el género humano gime abrumado bajo el peso de su culpa, condenado al destierro de esta vida pasagera y de tristura, cada vez más pervertido y degradado. Los nietos son peores que los abuelos, y la generacion que sigue más viciosa que la precedente. El camino del bien es difícil, el de la salvacion estrechísimo, la perfeccion casi imposible. No hay

en este mundo transitorio sino llanto, miserias y dolores: ni el sol, ni la luna, ni una estrella, ni una fuente, ni una flor pueden servir al hombre de consuelo, siendo señales con que la divinidad le recuerda su pequeñez, su necia soberbia y sus breves dias. Los humanos, incapaces de crear un solo átomo, cuanto más presumen saber, caen más fácilmente en el error, víctimas de su temeridad. Débiles por naturaleza y enfermizos por corrupcion, se muestran insolentes en la prosperidad, cínicos en la desgracia y cobardes en presencia de la muerte. El hombre, á pesar de su rara presuncion de averiguar lo porvenir, pestañea en lo pasado, anda á tientas en lo presente, y juzga tener ojos para lo futuro: miéntenle las historias en lo que fué, los sentidos en lo que es, y cree á vanos sueños en lo que será. Las aspiraciones individuales, que no se refieren á la causa de las causas, son pura vanidad mundana, y el egoismo un *yo satánico* digno de eterna condenacion. Cuando estos espíritus tétricos no pueden resistir á la evidencia de descubrimientos admirables, los atribuyen, asustados, á maquinaciones diabólicas, concediendo al genio del mal la inteligencia y poder, que niegan á la imágen de Dios.

Cuán fuera de razon van con sus ensueños dorados ó lúgubres los optimistas y pesimistas, lo veremos despues: por ahora bastará anotar, que esas teorías exageradas parten de una base falsa á todas luces: de suponer al hombre *modificable* hasta lo infinito, como si no se hallara sometido á ley alguna de la naturaleza; como si el Hacedor hubiera abdicado en él su omnipotencia; como si el calor y el frio, el hambre y la sed no le afectasen de la propia manera que á los demás vivientes. Uno y otro camino se pierden en los polos de la inteligencia, que tiene su ecuador conveniente: pues ó dan al estudio y á la educacion un poder inmensurable, ó suponen el mundo imperfecto, agraviando la sabiduría del Supremo Artífice. En otros términos: los extraviados hácia lo óptimo y lo pésimo se han dejado el fiel á la espalda: ó exajeran el poderío humano,

encumbrándolo hasta el empíreo, ó le achican á la medida del más rudo de los séres: ó le deifican ó le envilecen.

Entra en el plan de mi discurso, y este es lugar oportuno, el demostrar, si acierto á hacerlo, que en la organizacion admirable del universo sobreabundan los bienes y las perfecciones; que hay más goces que dolores, mayor bienestar que desdichas. Sustentando esta proposicion sé muy bien, que choco de frente con gran número de descontentadizos, avaros de una felicidad imposible; con no pocos soberbios, que quisieran tener á su albedrío caprichoso el manejo de los elementos, y que se revelan á la menor contrariedad; con bastantes lacerados, que blasfeman de la suerte, atribuyendo á injusticia de Dios y de los hombres, lo que es consecuencia necesaria de su conducta desacertada, ó tal vez de sus locuras ó desórdenes. Sé todavía más: que contrarío la creencia vulgar, evangelizada en refranes como estos: «los placeres son por onzas y los males por arrobas: el mal entra á brazadas y sale á pulgadas: bien vengas mal si vienes solo: del bien al mal no hay un cuarto de real.»

¡Qué importa! Las opiniones vulgares, por más que las alhaguen, humildes, genios estraordinarios, sedientos de aura popular, ni han sido, ni deben ser obstáculo suficiente para que los amantes de la verdad la proclamen impertérritos, sacándola luminosa y radiante de las sombras de la ignorancia, ó de la cárcel lodienta de los malos instintos. El vulgo suele tener una percepcion segura y esquisita para los sentimientos sencillos, al alcance de sus no desarrolladas facultades; mas imperito en lo científico y recóndito, desvaria cuando se entromete á juzgar de lo complexo, que pide copia de antecedentes y de ideas, que él no posee. ¡Suele llamar á los locos sábios y á los sábios locos! Si el que reune el poderío material, tuviera además la supremacía del saber, no serian tan frecuentes las luchas entre la fuerza y la inteligencia; no se oirian tantas quejas contra el militarismo y contra el doctrinarismo.

¿A qué acudir para probar los errores del vulgo, al texto

sagrado de que, «es infinito el número de los ignorantes?» ¿Para qué apoyarse en la sentencia del filósofo cordobés, «pesa el valor de los juicios y no el número de los votos,» si parece que repugna con la doctrina corriente de las mayorías? Así mismo sonaria hoy mal á ciertos teólogos y á ciertos políticos esta regla de crítica de Amort: «no es argumento seguro de la verdad, ni la universalidad de las opiniones, ni su antigüedad, ni la santidad de los que las sostienen.» Ménos me apoyaré en el dicho de Cervantes, «es mejor ser loado de los pocos sábios que victoreado de los muchos necios;» no sea que me arguyan, que el escritor alegre lo puso en boca de un canónigo, sin autoridad bastante en cuestiones filosóficas. Por motivos análogos prescindiré de cómo explica la *voz del pueblo* el benedictino eruditísimo, aduciendo la discreta comparacion de que, «verá mejor el sol una águila que un ejército de lechuzas:» y de cómo le defiende el demostrador de sus discursos, aseverando, que el error de someter lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo al dictámen comun es: «uno de los estorbos que padece el adelantamiento de las sciencias y no el menor escollo en que tropieza la virtud.» Me contraeré á las opiniones de autores que viven entre nosotros, estimados en la república de las letras, y que no deben infundir sospecha.

Un escritor de costumbres, festivo, moral y entrañable, en su cuento popular *La ballena del Manzanares*, sostiene que no es cierto lo de voz del pueblo voz de Dios, sino que por el contrario, «el pueblo es un bobalicon, que comulga con ruedas de molino, y de una pulga levanta una mula.»

Un doctor fisiólogo, catedrático de nota, dice ante el cláustro pleno de profesores de la Universidad Central, al inaugurarse el curso de 1855 á 1856, que el sentido comun, «extraviado en su miope dialéctica apenas hay error, ni ha habido absurdo á que haya dejado de dar su asentimiento: que la muchedumbre no percibe el vicio ó la virtud, ni la razon ó la locura, sino cuando vé como en caricatura á sus efigies: que necesita per-

donar algo, cuando ensalza; ver en los que aplaude un fondo de vulgaridad, que á su condicion los asimile.»

No es poco que antiguos y modernos de buen seso convengan en estas apreciaciones, deducidas de la ciencia y de la constante observacion; pero aún debo citar otra autoridad, que no querrán desoir los más fervientes encomiadores del voto de la muchedumbre. Es del moderno y popularísimo novelista francés, que en su última vulgarizada obra, se expresa así: «El vulgo es un viejo Narciso, que se adora á sí mismo, y que aplaude todo lo vulgar.»

Me he detenido en escojer esos testimonios especialísimos, en gracia de los que buscan las palabras magistrales; no porque falten pruebas superiores de razon, para no anteponer la opinion vulgar de los más al juicio ilustrado de los ménos. Hechos constantes y repetidísimos proclaman esto mismo, para cuantos no son ciegos para ver y sordos para oir. ¿Se ha reunido jamás un gran concurso, ni hay concilio, ni concejo, ni junta, que dejen de señalar uno ó algunos, que los guien y dirijan? ¿Puede haber ejecucion, ni convertirse en acto una idea, sin centralizar la accion en el que se presume motor más inteligente ó más fuerte? ¿Cuántos jefes de grupo se cuentan en la asamblea más escogida? ¿No acaba siempre el ingenio de pocos por superar las fuerzas de muchos? Vuelvo á mi propósito.

La historia entera de la humanidad y el exámen profundo de cuanto acontece ponen en evidencia, que en este mundo sublunar hay más bueno que malo, tanto en el órden físico, cuanto en el moral. A no ser esto una verdad notoria, fuera inconcebible el respeto, la admiracion y el culto universal dado á la Providencia sábia, mayor y más solemne, á medida que se van conociendo mejor sus obras y sus leyes inmutables.

Al entrar en esa demostracion, no ménos placentera para los corazones rectos, que provechosa á la humanidad, echo de ménos fundamentos estadísticos, que facilitarian la tarea. Es

un hecho lamentable, que hemos puesto mayor cuidado en evitar el mal, que en procurar el bien: que se han promulgado más leyes de procedimientos penales, prohibitivas, rituales y reglamentarias, que programas, gracias y mercedes; y que hay recogidos más datos sobre personas, cosas, acciones y sucesos malos, que sobre los buenos. Como quiera, aprovecharé los números que nuestras imperfectas estadísticas ofrecen, relativamente á la cuestion de que ahora trato, y en lo que me falten testimonios auténticos, suplirá mi criterio, tal cual Dios me le ha dado. Ante todo haré notar, que las causas del bien son permanentes, constantes y universales, como emanacion de la sabiduría Suprema: miéntras que las causas del mal son transitorias, contingentes, variables y accidentales.

De los 365 dias del año solemos tener en nuestro clima de 10 á 12 tempestuosos, 73 en que llueve más ó ménos, y de 110 á 120 despejados. Son pocos los dias de invierno en que el termómetro desciende de 6 á 8 grados centígrados bajo cero: algunos más de verano en que sube de 38 á 41: la mayor parte del tiempo gozamos de una temperatura media de 14 á 16 grados. Doce horas suele estar el sol sobre el horizonte; más de otras dos duran los crepúsculos; la luna alumbra la mitad de las noches, quedando muy pocas completamente oscuras. Y se quejan los afeminados con frecuencia de frio, de calor y de lobreguez, y se impacientan de contínuo los labradores de sequía, y se duelen de que les incomodan las lluvias los tejeros, los viajantes y las damas. ¡Qué egoismo! ¡Qué insensatez juzgar del conjunto de la naturaleza, próvida para todo lo creado, por la conveniencia individual! Si la Providencia pudiese hacer la locura de dejar á esos insensatos que manejasen á su placer la física del globo, como se dispone de los registros de un órgano, ¡cuántos desaciertos y complicaciones presenciaríamos! Pronto se levantaría el clamor de *bien estábamos*, entre las imprecaciones y silbidos de los mismos quejosos de ahora. Nadie ha sido capaz de enmendar la plana al autor de

lo que existe: y lo que se cuenta, sin otro fundamento que la tradicion, de D. Alonso el Sábio, ó es un mero cuento, ó pudo referirse á que el sistema ptolomaico no explicaba bien, como no explica, todos los fenómenos celestes: en cuyo último caso no fué el artífice el que necesitó consejos, sino el astrónomo alejandrino, que no dió en el *quid* del mecanismo cosmográfico. Prosigamos.

Entre cerca de diez y seis millones de habitantes que cuenta la España peninsular y adyacente, apenas están enfermos 1 por 30: no hay ciegos sino 1 por 900: los sordo-mudos están en la relacion de 1 por 1.500: y los desgraciadísimos dementes no exceden de 1 por 7.000 indivíduos. De unos 125.000 mozos sorteables que entran anualmente en quinta, únicamente se exceptúan por defectos físicos sobre 11.000; es decir, el 9 por 100: y cuenta, que los militares, gracias á su preponderancia, han puesto entre los defectos la calvicie, el extravismo y hasta el ser feo. ¿Ofrecen estos datos motivo para que la especie humana en general se duela y llore, ó para que bendiga la sabiduría con que se rige el mundo?

Exajeramos los crímenes y el número de delincuentes, miéntras que la estadística nos ofrece datos consoladores. El número de personas procesadas es á la poblacion como 1 á 300: de los procesados salen inocentes ó sin pena cinco sestas partes; por manera, que resultan penados 1 por 1.800 habitantes. Como los delitos originan lágrimas y pérdida de fortuna y deshonor y muerte, no es mucho que meta más ruido, y abulte más en la imaginacion un criminal que 1.800 ciudadanos pacíficos. Lo cierto, sin embargo, es, que hay ménos ofensores que inofensivos.

Para uno que se suicida, 72.000 atienden á la ley natural de la propia conservacion. Por cada homicida ó reo de lesiones corporales hay 1.666 españoles que no atentan contra la existencia de sus semejantes. ¿Y si hubiera estadística de los que voluntariamente se consagran á aliviar los males físicos y mo-

rales del prójimo, y de los que exponen su vida por la ajena? Al asesino se le mata en un cadalso, expuesto al público con grande aparato: al que peligrosamente salva á un náufrago suele concedérsele una cruz, que nadie vé.

Nace un indivíduo por cada 24 habitantes, y sólo muere uno por 38: ganamos anualmente sobre 150.000 personas; y se va ganando á pesar de las guerras, epidémias y emigraciones; porque estas son raras, pasajeras y eventuales, y el crecimiento es constante. Aquellos de los nacidos que, abandonados de sus crueles madres, aparecen expósitos, no exceden de 1 por 875 habitantes: sólo hay un ilegítimo por cada 500; quedando legítimos y al cuidado de sus progenitores 1 por 29.

Háblase con pavor de siniestros de viajes, y son muchas las personas que temen emprenderlos, exajerándose los peligros. No poseemos datos auténticos de lo ocurrido en los caminos de nuestro país; pero en los del vecino imperio resulta, que de 846.000 viajantes en diligencias sólo fueron víctimas de vuelcos y percances sobre 1 por 20.000; y que de 20.000.000 de indivíduos que anualmente recorren las vías férreas, no han excedido las víctimas de 1 por 1.955.555 de viajeros. Por sensibles que sean estos desastres; por más que nos empeñen á redoblar los esfuerzos, ínterin quede un desgraciado á quien aliviar, no hay razon para hacer coro á las lamentaciones de los pesimistas. Si la perfectibilidad humana no puede llegar á extinguir los males, puede minorarlos, y los va reduciendo cada dia.

Si nos detenemos un momento, con atencion, en las funciones más vitales del organismo, en las exigencias mas imperiosas de nuestro sér, veremos con claridad cuán ventajosa es la balanza del bien sobre la del mal. Necesitamos ante todo respirar: pues, exceptuando un corto número de asmáticos y de tísicos, en la generalidad de las personas funciona con regularidad el aparato respiratorio; merced á su admirable mecanismo, y á las sábias combinaciones del ambiente en que respira.

Tenemos necesidad de nutrirnos; y como el hombre es om-

nivoro, difícilmente le faltan alimentos y bebidas, siendo rarísimas las ocasiones en que un individuo fallece de hambre ó de sed. Más son los glotones, que padecen de escesos bacanales ó que sucumben de hartazgo; porque las indigestiones no alcanzan á moralizar todos los estómagos. Aun los que comen pobremente llevan su parte de ventaja, en el regalado apetito con que lo hacen y en la fuerza superior de su facultad digestiva.

Siente el hombre con viveza el instinto de la reproduccion; y la mayoría lo satisface honestamente. De 8.742.923 personas nubiles, que hay en España, son ó han sido casados 6.787.224: queda únicamente fuera del matrimonio un 34 por 100, de los cuales se desposa el mayor número de adolescentes, no llegando á un décimo el de los solterones rebeldes.

Igual proporcion favorable existe en todas las demás funciones de la vida interior y de relacion; pero por lo mismo que son usuales, comunes, contínuas y conaturales, pasan desapercibidas y no las anotamos en el catálogo de los goces: para que un placer merezca esa inscripcion, es preciso que sea raro, extraordinario, costoso y tumultuario acaso. Nadie repara en la fortuna de que su pulmon funcione perfectamente horas, dias y meses enteros: le choca sí y le inquieta un ligero momento de obstruccion ó un catarro de tres dias. El gusto repetido de los manjares, la satisfaccion diaria de la necesidad de reparar las fuerzas en la mesa y en el lecho, pasa sin cuenta ni razon de la conciencia: es menester que llegue un dia de boda, de convite ó de merienda campestre, para que advirtamos que comiendo y bebiendo se nos hace grata la existencia.

Finalmente, desde el esperezo del despertar en la madrugada, hasta el dulce trasponerse de la noche, entre reminiscencias placenteras y proyectos lisonjeros ¿qué sin número de beneficios no disfrutamos en la conversacion, en el amor, en el estudio, en la lectura, en la música, en el ejercicio de la profesion, en el paseo, en las tertulias, en los espectáculos y

en el hogar doméstico? De esa suma crecidísima, apenas pudieran sustraerse algunos cuidados y pesares, si nuestra imaginacion descontentadiza no los abultase, y el embotamiento de la percepcion no desfigurase la resta, disminuyendo el residuo.

Demos una ojeada rápida sobre el trato social, y fijémonos en los asuntos que dan más pábulo á la murmuracion y á las quejas: negocios de intereses, roce de amos y criados, relaciones de amistad y entre esposos. Con todo el estrépito que causan chascos de petardistas y engaños de contratantes, que faltan á los pactos: con tanto pleito promovido por la mala fé en las estipulaciones; nadie puede negar, que para un caso de este género, son muchísimos los en que se guarda lo pactado, aunque no medie otra garantía que la palabra del hombre. La generalidad de los arrendamientos de tierras y casas ha sido verbal; y si se solemnizan con escritura pública, es porque el fisco apremia á ello. Millares de gañanes, pastores y sirvientes, que tienen cuentas minuciosas con sus amos, no usan otro documento, que el libro de caja del principal; y en tan ilimitada confianza es rarísimo que se note un engaño, disputa, ni trabacuenta. Lo mismo sucede en los almacenes, tahonas y tiendas, de donde los parroquianos sacan al fiado, sin otra formalidad que una tarja, ó el simple asiento de una de las partes. En vista de tanta sencillez y buena fé, calumnia quien acusa de maldad á las gentes.

Nos lamentamos, con justo pesar, de los extravíos de la correspondencia; y al sentir la pérdida de una carta esperada ó el retraso de un periódico, nos olvidamos de que millares de pliegos llegan á su destino con una simple faja, y de que si hay un lance de abuso en las cartas, corren seguramente por los buzones y maletas de correos cuantiosos millones en papel del Estado y en letras de comercio (1).

---

(1) Los valores circulados por Correos, en efectos de la Deuda, ascienden por año medio á 56.730.000 escudos.

La vida matrimonial, vidriosa de suyo, temida por célibes desconfiados, y pintada como infeliz por la exageracion de poetas dramáticos, y en la locuacidad festiva de los pasatiempos: esa sociedad conyugal, tan torpemente retratada y comprendida, es, pese á los detractores, testimonio irrecusable de lo que supera el bien. ¿Cuántos divorcios ocupan á los tribunales? Qué número de separaciones convenidas me podreis citar en el círculo de vuestras relaciones? Por mucho que se ponderen las desavenencias, la sevicia y los escándalos de ciertos casados, ¿qué valen ante la suma de casi tres millones de matrimonios, en general bien avenidos, que dejaron el amor tranquilo de los padres por el caloroso del cónyuge; que se estrechan, se identifican y se copian, hasta parecerse ambos consortes; y que con regularidad proveen á la subsistencia de la familia, y á la educacion de los hijos? Corrobora esta verdad el hecho ostensible de que casi todos los hombres y mujeres se casan: aun aquellas vírgenes y aquellos levitas, que se apartan de la corriente mundanal, no lo hacen sin figurar un consorcio místico con Dios ó con la Iglesia, como si quisieran librarse del sanbenito, que la opinion ha impuesto al celibato.

Reducida á miniatura la vida media del hombre, el mayor espacio del dibujo lo ocupan los goces, los placeres, las alegrías, las ilusiones, los juegos y los entretenimientos. Hablad de penas á la niñez y á la infancia, á quienes viene el dia corto para el recreo, y no hay noche larga, que dure mas de un sueño. Preguntad qué son desdichas á la juventud bulliciosa' para la que no hay cansancio, ni dificultad, ni fastidio. Observad á la senectud, y la hallareis sosegada y tranquila, olvidada de los contratiempos, y únicamente memoriosa de hazañas de sus mejores dias, de que ya no cree capaz á la generacion novel: la vereis contenta y resignada, llorando de gozo en las bodas y bautizos de los suyos, ó chocheando con los nietos.

¿Qué período queda entre esas edades? Algunos años de afanes, de cuidados y de prevision, mezclados de todo; pero

en que nunca falta el aliento para trabajar, la satisfaccion de ganar el pan y el concepto de honrado, y la esperanza de medrar para alivio de la vejez y establecimiento de la descendencia. ¿Pensais que compadezco á los que no ven así la vida? Pues sabed, que aun no los cuento entre los desgraciados: porque son ménos los ratos que se ocupan de este pensamiento lúgubre, que los que dedican á saciar gratamente los apetitos, á satisfacer sus necesidades ordinarias, y al ejercicio natural de sus facultades.

Con la rapidez, que cabe en un breve discurso, creo haber justificado el aserto, de que en este mundo, obra maestra de un poder sobrehumano, son las personas buenas y los bienes incomparablemente mas copiosos, que las cosas y los hombres malos: hecho conveniente, necesario y el mas apropiado para sostener la actividad humana, y que jamás pierda la esperanza. Volvamos ahora al punto cardinal de nuestro tema.

EL HOMBRE ES PERFECTIBLE.

Desde que los estudiosos se ocuparon con discernimiento en conocer la naturaleza de los séres, que constituyen y pueblan nuestra morada, clasificaron en reinos las producciones de este planeta; señalando en el mineral el *crecimiento*, en el vegetal la *vida*, en el animal el *sentimiento* y en el hominal la *perfeccion*. Por más que en esta ordenacion sistemática haya bastantes puntos dudosos é inseguros, nadie ha desconocido la verdad de que el hombre es el sér mas complexo y sobresale entre todos los vivientes, por sus facultades esenciales y peculiares para adelantar y mejorar. Amén de otras diferencias cardinales, de que hablaré luego, sírvenle á este próposito dos elementos, con que no cuentan, como él, los demás animales: la *educacion* que recibe, y la *sociabilidad* en que vive. Aquella cultiva su razon desde que brota hasta que madura, al calor del acendrado amor maternal, y bajo la discreta direccion de doctos profesores. La

otra le permite colectar incesantemente conocimientos y esperiencia, adquiridos por las generaciones pasadas, en los varios siglos que cuentan los anales del mundo, y en los diversos sitios del globo, así habitados, como reconocidos.

Cada sér es perfecto dentro de sus propias condiciones, necesidades y destino; pero son muchas las señales que distinguen de los perpétuamente estacionarios al perfectible por escelencia. Prescindamos del hecho de que se sirve de todos, sorprendiendo á los volátiles y acuáticos, que tan lejos pueden huir, ó venciendo á los de fuerzas superiores con maña y artificios, y hablemos en el sentido de la ciencia.

Los irracionales se desarrollan con facilidad, tan prestamente, que muchos hijos siguen á los padres á poco de nacer, y están al año en disposicion de reproducirse: para llegar á igualarse á los mayores no han menester aprendizaje, lecciones, ni doctrina. El hombre necesita estar dos años colgado del pecho de la madre ó de la nodriza, y en el largo período de la infancia y de la adolescencia, más largo que el de los demás animales, tiene niñera, ayo, preceptor, maestros y todo género de escuelas teóricas y prácticas. Los brutos se alimentan de un modo uniforme, sin necesidad de guisos y condimentos: no tienen otro abrigo de sus cuerpos, que las conchas, escamas, plumas, pelo ó lana que recibieron, como los demás órganos y miembros: moran adheridos á la region que les es propia, ó cuando más pasan estacional y fijamente á zonas no lejanas. El hombre ha hecho de la culinaria un arte variado y complicadísimo; de las modas un guardarropa inmenso y múltiple de trajes, prendas y adornos; y es cosmopolita, venciendo con sus potentes medios las dificultades del clima, del suelo y de los elementos.

Pero la diferencia esencial, las principales facultades y medios en que el hombre ha podido fundar su supremacía, están en el *lenguaje* articulado y en la *escritura* ortográfica. Para comunicarse entre sí los brutos solo poseen medios mecá-

nicos escasos, una expresion casi constante de la voz y del canto. Sus acentos son tan poco variables, y modulados, que su gramática, su diccionario y su repertorio músico pudieran figurarlos, si supieran, en una cuartilla de papel: mientras que hay hombre rudo del campo, que imita perfectamente los graznidos, piadas, cacareos, chillidos y trinos de las aves, y el aullar, ladrar, gruñir, rebuznar, relinchar, mugir y maullar de los animales, en términos de servir de reclamo y engañarlos.

El hombre, creando y multiplicando los idiomas, hasta más de tres mil seiscientos, enriqueciéndolos sin cesar, y haciéndolos cada dia más cultos y sábios, ha agrandado prodigiosamente el círculo de sus conocimientos. Pensando por las palabras que aprende, ensancha sus ideas: inventando voces para significar nuevos pensamientos, multiplica sus conceptos. Por eso tiene medios seguros, completos y espeditos de comunicarse con los demás, de decirles cuanto observa, percibe y piensa, de oir lo que los otros advierten y discurren; y lo que es más todavía, de contender reunidos los individuos, para depurar la verdad en el alambique de la controversia, ó en el crisol de convergentes focos de luz. Como el pedazo prismático de cuarzo que arrastra el torrente, va perdiendo las aristas y los ángulos, hasta quedar en peladilla esférica de rio, así las ideas se regularizan, redondean y exclarecen al esfuerzo de encontrados empujes intelectuales en una y otra mente.

Por último, los irracionales no ven en sus descendientes otros conocimientos que los instintivos propios de la especie, sin aditamentos ni variantes: al paso que los humanos se comunican en vida á las mayores distancias por medio de la escritura, y legan á las generaciones sucesivas cuanto ejecutaron y supieron, cuanto idearon, vieron y soñaron. Apenas pasa un hombre estudioso por el camino breve de la existencia, sin dejar á los que vienen en pós alguna observacion útil, algun hecho notable, alguna idea buena: y reunidos y comparados los hechos, las observaciones y las ideas, es como se

mejora y perfecciona el saber humano. Así es tambien como sirve al hombre de medio y de prueba de progreso, la division conveniente de ciencias y materias, para su estudio más profundo, aunque sin romper la relacion que unas con otras tienen para su mútuo auxilio.

Una induccion material, física, anatómica de la perfectibilidad del hombre nos suministra su voluminoso celebro, mayor relativamente y más delicado que el de los demás animales. Doctores y legos estamos de acuerdo en la importancia de la masa encefálica; y hasta la han canonizado los hablistas, llamando *hombre de mucho seso*, á la persona muy capaz; y aplicando á la de poco juicio la frase de que *no tiene dos dedos de frente*. No es de los modernos la creencia que anuncia la expresion feliz de *mucha frente mucho cielo;* que ya se atribuye ese pensamiento á nuestro Alonso de Madrigal, diminuto de cuerpo y de gran cabeza. Refiérese, que hallándose el Tostado en presencia del Papa Eugenio IV, le mandó este levantar, creyéndole arrodillado: y al conocer la equivocacion, quiso subsanarla con la galantería de decirle, cuánto le admiraba, que en tan pequeña estatura hubiese un hombre tan grande. A lo que contestó el español, en el tono de propia defensa, tan comun en los de su talla: «Beatísimo Padre, la altura de un hombre se mide por lo que hay de aquí hasta aquí;» y señaló con el índice desde el entrecejo al nacimiento del pelo.

Efectivamente, la fisiología comparada ha ido descubriendo y comprobando las facultades de los animales, distinguiendo en los brutos las instintivas y afectivas en completo desarrollo, y notando además de estas en el hombre las intelectuales reflexivas superiormente desenvueltas, fuente de su perfectibilidad. Por medio de estas últimas podemos considerar en los objetos la existencia, la forma, la extension, el peso, las relaciones con los demás, las partes de que constan, el órden de su colocacion, las mutaciones que experimentan, el tiempo trascurrido en cada cambio, las analogías y diferencias individua-

les, etc. La *comparacion* y la *causalidad*, sobre todo, colocan al hombre en el peldaño superior de la escala de los séres conocidos, por cuanto facilitan el más seguro y derecho camino del perfeccionamiento: hállar la relacion entre las ideas y los objetos, investigar las causas y percibir las consecuencias.

No es la posibilidad de perfeccionar que tiene el hombre, prueba concluyente de que de hecho haya perfeccionado: veamos si lo ejecuta. Me fijaré únicamente en el período que conocemos por vista de ojos, en nuestra propia época. ¿A qué empeñarse en cuestiones histórico-críticas, ni en polémicas sobre lo pasado, cuando tenemos tan á la mano el presente? Ni abarcaré, en el rápido exámen que me es permitido, todas las naciones cultas del globo, ni aun las de Europa siquiera: dentro de España, que desgraciadamente no se halla á vanguardia de la civilizacion, por estar atravesando el período angustioso de ganar el siglo, que se habia retrasado; dentro de casa encontraré fundamentos sobrados para la demostracion, sin acudir á campos ya espigados por escritores de más ciencia. El siglo XIX está plenamente defendido y justificado, como siglo de progreso intelectual, moral y material en la oracion del profesor Monlau, al abrirse el curso de 1853 á 1854 en nuestra Universidad central.

¿Andamos, estamos parados ó retrocedemos? ¿Se gana ó se pierde? ¿Ha mejorado España en nuestros dias? Recordad los lechos y los aposentos en que dormian nuestros abuelos, el servicio de su mesa, el menaje de sus casas, las escuelas en que se educaban, los medios de que disponian para viajar por mar y por tierra, los que tenian para corresponderse, el movimiento de la poblacion y de la riqueza; en una palabra, comparad el ayer y el hoy de la vida doméstica y civil, así bajo el aspecto económico, como el administrativo, higiénico, científico y moral, y no habrá quien desconozca los generales progresos, por más que en puntos determinados crea perjudicial

el cambio. Porque sólo un fanatismo insensato contra toda inovacion, una pasion ciega á cuanto es añejo, una locura manifiesta por el *statu quo,* ó una fotofovia ante la luz de la razon, pueden obstinarse en negar los adelantos modernos. Fijémonos en unos cuantos hechos de bulto, que hasta el más rudo palpa y comprende.

Al comenzar este siglo, nuestra agricultura no producia cereales ni caldos bastantes para el consumo de la escasa poblacion peninsular: un tercio del suelo era de manos muertas: se servia del arado antidiluviano, como único instrumento de labor: y agolpaba á su alrededor toda la clase jornalera. Hoy tiene sobrantes que exportar, la tierra en libre circulacion, y arados, sembraderas, escarificadores, trillos y segaderas perfeccionados, que mejoran el cultivo, ahorrando tiempo, brazos y gastos.

Reducida la industria á pocos artículos, que no podian competir en el mercado con los extranjeros, y moviéndose con los imperfectos sistemas antiguos, produce al presente variedad de artículos nuevos, despues de muy mejorados los anteriores. Provista de telares mecánicos, de prensas hidráulicas, de altos hornos de fundicion y de maquinaria de vapor, nos suministra telas, papel, impresiones, harinas, metal precioso, y productos químicos, que comprábamos fuera.

El comercio, gobernado por las ordenanzas de Bilbao, y monopolizado por una ó dos compañías, auxiliares de la Real Hacienda, apenas tenia otras relaciones, que las ultramarinas de las colonias; porque los capitales eran reducidos, los consumos escasos, la viabilidad dificilísima y la correspondencia tarda. Ahora se rije por un código especial, cuenta con numerosas empresas, compañías y sociedades de crédito, con giro mútuo y papel moneda, y con el mayor consumo que ocasiona el aumento de la poblacion y la extension de los goces: dispone de medios de comunicacion acrecentados y económicos, de dos correos diarios y de los alambres eléctricos; y extiende

sus negocios, por los corresponsales del interior y del extranjero, á todas las plazas y mercados importantes.

Eran contados los mercaderes que, tardiamente y con imperfeccion, se hallaban al alcance del estado de las cosechas, del precio de los frutos, de las arribadas de buques, y de las noticias más indispensables para negociar con cálculos seguros ó prudentes: los que poseian estos datos daban la ley á la generalidad de los almacenistas y tenderos y monopolizaban los tratos. Hoy todo el mundo sabe, sin misterio, lo bastante para arreglar sus negocios, pues que diariamente se publican los precios que tenian el dia anterior los efectos y géneros, en los mercados de dentro y de fuera, el estado de los campos, del mar y de la atmósfera en nuestras provincias, y se reciben telégramas con la indicacion de cuanto puede ser útil al manejo de las especulaciones. Esto sin contar lo que se debe á las buenas escuelas económicas, á esos geólogos de la política, que tanto se afanan por el libre tráfico y por emancipar al indivíduo de la tutela del Gobierno; si bien en este último punto suelen saltar la valla, desconociendo más de una vez la naturaleza humana, su precisa condicion sociable y la necesidad de quien dirima las contiendas y refrene los extravíos de la codicia. No siempre el camino más corto es el mejor, ni hay atajo que deje de ser trabajoso: á veces la línea recta es una ilusion óptica, en la cual se han perdido muchos, que se habrian salvado por el rodeo.

Mejor aún que los particulares tiene el poder público elementos nuevos y eficaces de buena gobernacion. Hace sesenta años la accion administrativa, desquiciada, impotente y mezquina, llegaba con flojedad á los extremos de la Monarquía y era sobrado débil para mantener el órden en el interior y defender en el exterior los intereses nacionales. Unicamente habia un correo semanal, que tardaba tres y cuatro dias en llegar á Barcelona, la Coruña y Cádiz: nuestra diplomacia tenia para sus acelerados despachos el único arbitrio de los

correos de gabinete, que empleaban una y dos semanas en llegar á París y Lóndres: los Capitanes generales, Presidentes de las chancillerías y Asistentes de Sevilla, no podian marchar á sus destinos, aun en los casos de mayor urgencia, sino por el cacareado medio de correr la posta, ó en un pesado coche de colleras, cuando no apremiaba la necesidad. Un cuerpo de ejército, para llegar en doce ó quince dias á las fronteras, abrumado de equipajes y falto de buena administracion militar, habia de pasar por las provincias, como una plaga, suspendiendo las labores agrícolas para proveerse de bagajes y sustrayendo el pan cocido, sustento de los pueblos. La conduccion de caudales y de efectos públicos se hacia en comboyes de carros y acémilas, defendidos por una fuerte escolta de soldados y tardaban semanas en llegar á su destino, si es que no disputaba la posesion de los valores una cuadrilla de bandoleros, batiéndose en regla con la tropa.

Los secretarios de Estado y del despacho, que eran cinco para todos los ramos del servicio en la Península y vastísimas posesiones de América y Asia, no contaban en las provincias otros agentes subalternos que los Intendentes, Corregidores y Alcaldes mayores, en cuya autoridad se concentraban confusamente los negocios civiles, criminales, gubernativos y de hacienda: y el importantísimo asunto de Obras públicas apénas podia disponer de otros elementos facultativos, que de los nacientes cosmógrafos de Estado y de muy pocos arquitectos. Para la mezquina construccion de un puente ó el paso de algun puerto, se arbitraba una contribucion especial, que solia hacerse permanente, cual han llegado hasta nuestros dias las tituladas de *Pico* y *Menga* y la del *camino de Tarancon*.

Dividíase la Península en 33 intendencias tan desiguales, que comprendiéndose en una toda Cataluña y en otra toda Galicia, el país vascongado hacia tres provincias distintas, como ahora. La forma de estas divisiones era tan irregular, que sobre las mangas entrantes y salientes de unas en otras,

tenian enclavados caprichosos y hasta pueblos partidos en dos jurisdicciones, sin más demarcacion que una calle ó un arroyuelo. Los corregimientos así se limitaban á una poblacion, como absorbian centenares de villas y lugares. De estos, muchos eran aldeas y pedáneos, algunos con jurisdiccion por sí y sobre sí, unos de señorío secular ó eclesiástico, otros realengos, otros behetrías. Habia reino de Navarra con su Consejo, corona de Aragon con cuatro audiencias y en la corona de Castilla y Leon no existian más tribunales de alzada, que la Sala de Alcaldes de Casa y Córte, para Madrid y su rastro, y las dos chancillerías de Granada y Valladolid, que se compartian el territorio por el curso del Tajo.

Al presente las órdenes del Gobierno Supremo llegan en segundos á los más distantes confines del reino: sus ajentes y regimientos enteros se trasladan en horas á puntos extremos: dos correos diarios en las principales líneas, uno cuotidiano á todos los partidos de las provincias, y un vapor, que viene dos veces al mes de las Antillas, en 15 dias de travesía, conducen con rapidez sobre 65 millones de pliegos y cartas y sobre 200.000 arrobas de peso al año. Se han abierto en nuestros dias 20.000 kilómetros de carreteras y 4.000 kilómetros de carriles de hierro: existen cuerpos facultativos de ingenieros de caminos, de minas, de montes, agrónomos, industriales, etc.: se han separado los asuntos económicos, judiciales, gubernativos y contencioso-administrativos, creándose juzgados de conciliacion y de paz, juicios de faltas, verbales y de menor cuantía; diputaciones y consejos provinciales, secciones de fomento y de estadística y el Consejo de Estado: se cuenta con una division territorial más ordenada: se ha mejorado la contabilidad, la recaudacion, el giro, el crédito y todos los ramos del servicio; en términos, que se escribe y consume más papel en la secretaría de un ayuntamiento mediano, que lo que antes se gastaba en una capital. ¡Qué diferencias tan conspícuas para los que hemos alcanzado uno y otro régimen!

Los descontentos dirán, que cuesta más el moderno sistema, que es caro. Séalo en buen hora y háganse las economías posibles; pero que no se haga ninguna, si hemos de perder las ventajas obtenidas. Lo bueno, lo que produce bienes trascendentales y el gasto reproductivo rara vez es caro: el despotismo, la arbitrariedad y la ignorancia salen carísimos, aunque parezcan baratos. Compremos el progreso á cualquier precio; la retrogradacion ni de valde.

Dos solos hechos recientes demuestran la presteza asombrosa con que hoy se comunican entre sí la metrópoli y las provincias. La toma de Tetuan por las armas españolas, ocurrida el 4 de Febrero de 1860, se celebraba con alborozo en todos los ámbitos de la nacion á las cuarenta y ocho horas! La *Gaceta de Madrid* del 13 de Octubre de 1863 publicaba la lista de los diputados á Córtes, elegidos en los dos dias precedentes en los 340 distritos de la Península, con el número de votos que cada uno habia obtenido!

Pues hed aquí los escasos recursos con que contaba, hace medio siglo, la instruccion pública. Corto número de escuelas primarias, en que solian estar revueltos los dos sexos, regidas por maestros tan mal retribuidos, que dependian del cuarto y del ochavo sabatinos, y se hicieron el verbigracia del hambriento; y en donde únicamente se enseñaba, como se podia, *leer, escribir y contar*: conmigo el diccionario de la lengua, que con esos tres verbos, y no más, define todavía al maestro de escuela. Cátedras de latinidad á cargo de los célebres *domines*, prototipo de la pedantería y del regimen dietético de los pupilajes; en cuyas aulas, como en las de primeras letras, se ofendia la decencia y se envilecia á la juventud, azotando al discípulo culpable, cabalgado sobre un compañero. Universidades, que si era permitido el título en tres ó cuatro de las llamadas *mayores*, no cuadraba á las *menores* y mínimas, en superior número; pues las habia, no solo en Toledo y Sigüenza, sino en Oñate y Osuna, y hasta en Almagro é Irache. Esta última,

que existió hasta 1833, no en un pueblo, sino en un sitio de cinco casas, me recuerda una cuestion, que no puedo dilucidar ahora, pero que conviene desflorar al menos.

Ha sido opinion muy respetada, y algunos la mantienen todavía, que el lugar de los estudios debe ser aislado y tranquilo, que las musas piden para su domicilio quietud y recogimiento; y que las letras se avienen mal con el bullicio mundano: razones que se esforzaron, cuanto cabe, al intentarse la traslacion de los liceos de Alcalá de Henares á Madrid, y de Cervera á Barcelona. Esas alegaciones no tienen, ni con mucho, la fuerza que ostentan, aun tratándose de enseñanzas especulativas, en qué se cree que bastan el conocimiento del hombre, que dan los libros, y las lecciones teóricas, aprendidas de memoria; pero son infundadísimas cuando se aplican al adelantamiento de las ciencias positivas, en que es indispensable copia de objetos, mecanismos y elementos, y el influjo de las personas más esclarecidas, que solo existen en los grandes centros de gentes, de actividad, de riqueza y de comunicaciones. Comparados los inconvenientes de las poblaciones crecidas con las ventajas que proporcionan el trato con todas las clases sociales, y con las eminencias científicas y artísticas, el surtido de obras é instrumentos, la facilidad de estar al corriente de la marcha de la ilustracion y de los últimos adelantos, y el conocer á fondo los negocios y las gentes, á quienes luego se han de aplicar las teorías aprendidas; está fuera de duda la preferencia de los grandes focos del saber y del poder. Ni los pueblos pequeños están exentos de distracciones y de vicios, más perjudiciales acaso: ni en las ciudades populosas hay peores escolares, que en los lugares mezquinos. La vida contemplativa y puramente mística se pueden aprender en el retiro y en el yermo: la vida social se estudia en medio de la sociedad.

Continuemos el exámen de las universidades del pasado régimen. La mezquindad de los sueldos, que no permitia ejercer el profesorado más que á los abogados, médicos, curas y frailes,

vecinos de las mismas poblaciones; las asignaturas limitadas que se enseñaban; los defectuosos textuales, el sistema de lecciones, la duracion del año escolar, y las irregulares vacaciones; los asuetos y faltas de asistencia; son harto conocidos de la generacion adulta viviente. Bastará recordar, que no habia sistema general de exámenes de curso, ni notas de calificacion: que aquel solia probarse con la simple certificacion del catedrático, escrita por el mismo discípulo: que la inasistencia, la desaplicacion y la rudeza, vencian en no pocas ocasiones, con facilidad, los escrúpulos del maestro, juez único y naturalmente compasivo, mediante los empeños y gestiones del interesado, sus deudos y amigos, todo lo eficaces que eran menester para rendir la voluntad de un solo hombre. Los que en tan malas condiciones siguieron una carrera literaria de las tres que se decian *de pane lucrando*, ven ahora la remuneracion, ascensos y derechos pasivos del profesorado; la ventajosa situacion de los liceos; el mejoramiento de las obras de texto, de las bibliotecas, gabinetes y museos; los exámenes, que se repiten al mediar el curso, á su fin y extraordinariamente; los premios y estímulos con que cuentan los catedráticos y los alumnos que sobresalen; la multiplicacion de escuelas elementales, completas, de párbulos, de adultos, de regimiento, de taller, las dominicales, normales, especiales, preparatorias y de ampliacion, así como los institutos de segunda enseñanza en todas las provincias: los que jóvenes asistieron á aquello, y examinan esto en la edad madura, pueden juzgar, imparciales, lo que va de tiempos á tiempos, y los pasos gigantescos que se han dado hácia la mejora de la enseñanza, y muy especialmente propagándola por todos los rincones y á todas las clases. Aún nos falta mucho que andar; pero en camino vamos.

Tres argumentos nos presentarán aquí los *loadores del tiempo pasado*: que hubo entonces hombres tan eminentes como ahora en las ciencias y profesiones: que son costosas las carreras y están desheredados de ellas los pobres: y que con los sistemas

modernos confundimos á la juventud escolar, hacinando enseñanzas, que no puede abarcar ni digerir. Es de alta importancia responder á estas objeciones, que frecuentemente oimos en boca de personas respetables. Conviene rectificar las opiniones estraviadas sobre puntos de tan inmensa trascendencia. El interés social demanda asimismo que alentemos á los poderes públicos en la marcha emprendida, positivamente útil, á fin de que no vacile ante reparos equivocados, ni retroceda ante los engañosos y sofísticos, que puedan presentarse, so color de prudente reserva.

Que siempre hubo sábios y personas de gran ciencia, es un hecho cierto; pero deducir de él, que el método actual de enseñanza no es mejor que los anteriores, equivale á pretender que los métodos son indiferentes, que los planes no influyen, que no debemos ocuparnos de los medios de instruccion: y esto, por tender á probar demasiado, es un absurdo que nada prueba. Las eminencias del tiempo pasado no se formaron en las aulas públicas: estudiaron, como decia Jovellanos de sí mismo, en la Universidad de sus libros: que la eficacia de los planes, con ser tanta, no alcanza á matar el ingenio en quien lo tiene. Facilita, sin embargo, á las capacidades medianas que lleguen á adelantar, y á los genios mismos les dá nueva potencia, que los desarrolla y engrandece. Suponer que se puede estudiar historia natural, astronomía, física, química y medicina, lo mismo sin buenos gabinetes, museos, instrumentos y salas de diseccion, que como con ellos: que es indiferente dejar al alumno á su conciencia, ó exigirle pruebas de lo que estudia y comprende: que importa poco el catar las disposiciones de los niños, antes de dedicarlos casual ó caprichosamente á una carrera literaria: que no mejoran el profesorado las oposiciones, los sueldos decorosos, y las recompensas: que con el Guevara y el Rosselli se aprende filosofía tan bien como con Laromiguier, Servant Beauvais y Balmes, fuera el colmo de la sinrazon, ó un aferramiento terco y repugnante. Con nuestros medios, aquellos

sobresalientes ingenios habrian descollado aún más. Porque los aventajamos hoy en elementos instructivos, pasan por tan ilustrados como ellos muchos, que á su lado hubieran sido pigmeos.

Que cuesta más ahora el seguir una carrera literaria y no está al alcance de todos. Concedido; pero es preciso analizar el hecho, para descubrir lógicamente lo que tiene de perjudicial, y si es mayor la parte provechosa. Comencemos por asentar, que todo se ha encarecido, porque el dinero vale ménos. Sin embargo, la enseñanza primaria y aun la secundaria son ménos gravosas ahora que antes. La primera educacion se da *gratis* á los que carecen de recursos, y hasta se les suministran libros, papel, tinta y plumas. Las retribuciones de los niños, que pueden darlas, no son más crecidas, que las que antes pagaban pobres y ricos. La segunda enseñanza, establecida en todas las capitales y en algunos pueblos subalternos, se ha acercado al domicilio de los padres de familia, que tienen ménos dificultad en establecer á sus hijos en modestos pupilajes. Se han abierto nuevos caminos á la medianía y estrechez de fortuna con las breves carreras de maestros de obras, aparejadores, agrimensores, peritos agrónomos, ayudantes de obras públicas, telegrafistas, etc. Queda, en efecto, más costosa la carrera de Universidades, pero nótense estas circunstancias.

Los sobresalientes, gracias al mayor culto que hoy se da al mérito, pueden optar á ganarse por oposicion los derechos de grados académicos.

Todo escolar encuentra medios más abundantes de residir en las grandes poblaciones, sin ser gravoso á su familia, porque se los facilita el desenvolvimiento de los negocios, ocupaciones y ejercicios: camino más decoroso y digno, que el de la sopa y el de la tuna, mengua de la época porque se quiere abogar, y virus putrefactivo, que rara vez extirpaban de raiz el talento y la instruccion.

A cuantos chicos descuellan en las escuelas de los pueblos, dando muestras de especial aptitud para las letras, se les ofre-

cen mil ocasiones de emprender alguna carrera, ya ayudados de personas ó asociaciones caritativas, ya á impulsos del aliento que infunde en todos la publicidad de los ejercicios, ya al amparo de recomendaciones de representantes y de escritores públicos. Es de esperar que se facilite el ingreso en los recientes colegios de internos de los institutos provinciales, concediendo plazas gratuitas á los niños, que despunten en las escuelas primarias.

El resto de los jóvenes, que carezcan de las condiciones expresadas, no irán fácilmente á estudiar; mas esto, en lugar de ser un mal, será un gran bien para las ciencias y para las industrias. Las primeras se verán libres de ese aluvion de adocenados que las invadian, sin la base de la educacion doméstica y sin chispa de talento: afluencia sofocante, cuando han faltado las válbulas de los conventos y de las capellanías: y las artes, las industrias y los oficios retendrán un crecido número de brazos, que sólo allí pueden emplearse con provecho del indivíduo y de la pátria. Para todos, la instruccion primaria gratuita y obligatoria; las facultades, para los que las tengan.

En cuanto á que hayamos embrollado á los niños y jóvenes cargándolos de asignaturas en cada año escolar, hay que distinguir. Concederé cuanto quieran á los opositores relativamente al más ó al ménos, y sobre todo, respecto á la combinacion y órden sucesivo de las materias, que deben simultanearse, á la multiplicacion y mejoramiento de los libros de texto, en lo cual es indudable que nos falta mucho que hacer; empero en lo que se refiere á la base del método, no me siento dispuesto á dar cuartel, porque los impugnadores carecen de razon; sea que los preocupan reminiscencias gratas de lo que fué, sea que les choca demasiado la novedad, que no han debido estudiar en sus fundamentos esenciales.

El niño y el jóven tienen en grande ebullicion sus facultades sensoriales, son por naturaleza imitativos, y se encuentran en el período crítico de ejercitar la memoria, la actividad, la

percepcion exquisita, y la atencion contínua, aunque inconstante. No hay objeto que pase desapercibido, ni expresion que se les escape, ni instante en que huelgue su voracidad asimiladora. El sistema actual de enseñanzas es consecuencia legítima del estudio fisiológico de la infancia: de contínuo movimiento, variado y algo fantasmagórico en la primaria; más formal y siempre activo en la secundaria y superior; demostrativo y aplicado en cuantas materias lo consientan. Porque á los pocos años el hombre necesita poner en ejercicio todas sus potencias, para que se despierten y crezcan: no tiene perseverancia para estar una hora seguida en un solo juego, en distraccion igual, en la misma ocupacion; pero al propio tiempo tiene energía suficiente para pasar todo el dia en movimiento membral y celebral; para no cansarse, miéntras diversifica, sino cuando le rinde el sueño.

Aunque nuestro método no tuviera otra ventaja sobre los antiguos, que la de servir grandemente para descubrir las inclinaciones positivas de los jóvenes, mereceria la preferencia, que con razon se le ha dado. Haciendo gustar á la infancia los diferentes alimentos del espíritu, y observando con tino los que le repugnan, los que apetece y los que mejor le sientan, segun sus peculiares apetitos, es cómo el padre y el maestro llegan á conocer bien las facultades respectivas de cada indivíduo, descubriendo al cabo la verdadera vocacion de los educandos: asunto el más provechoso, para no gastar el tiempo y las fuerzas en una educacion errada, ó para sacar de la bien elegida abundantes y sazonados frutos.

Vamos á otro ramo, importantísimo tambien, á la administracion de justicia. ¿No se ha adelantado en él modernamente? ¿Puede compararse, sin asombro, el estado precario de la seguridad personal y de la propiedad de nuestros mayores, con el que hoy disfrutamos sus descendientes? ¿Trocaríamos los nietos las garantías de nuestras personas, bienes y derechos por las que tenian los abuelos?

Juzgaban antaño en primera instancia alcaldes ordinarios y corregidores de capa y espada, que, legos en el derecho, buscaban asesores letrados, por lo comun fuera del pueblo de su residencia, porque no los habia en todos. Eran estos jueces parientes, relacionados, amigos ó enemigos del mayor número de los actores y reos, de los testigos y peritos, que intervenian en los pleitos y causas. Revestidos del mero y misto imperio, y reasumiendo toda la autoridad, en lo civil como en lo criminal, en lo gubernativo como en lo económico, lo mismo fallaban los asuntos de cualquier cuantía, que imponian la última pena. No era raro ver que encarcelaban por muchos dias á un vecino, sin formacion de causa, ó que dejaban en libertad á un homicida bajo cualquier fianza, ó por la mera confianza judicial. Para apelar de estos fallos, en el vasto territorio de Castilla y Leon, multitud de litigantes habian de llevar sus alzadas á 50, 60, 70 y más leguas de su domicilio: jueces tan apartados del teatro de los sucesos eran los encargados de las apelaciones para confirmar, enmendar ó revocar sentencias perjudiciales, y á veces injustísimas. ¡Qué de entorpecimientos para todo y para todos! ¡Cuántas dificultades para la remesa de autos y para llevar documentos y pruebas! ¡Qué desigual lucha entre contendientes de diversa posicion, entre ricos y desvalidos! Preciso era que resultasen daños y parcialidades inevitables con tan desacertada administracion.

En la actualidad poseemos una organizacion acomodada de tribunales de 1.ª, 2.ª y 3.ª instancia y de casacion, al compás de las naciones más cultas: jueces, magistrados y fiscales, letrados y responsables, que no devengan derechos, por estar competentemente dotados: una distribucion racional del territorio en partidos judiciales y distritos de audiencias: publicidad de juicios y de pruebas, y sentencias motivadas: precision indeclinable de que sepa el reo la causa de su prision antes de las veinte y cuatro horas: procedimientos especiales para juicios de conciliacion, de paz, de faltas y de menor cuantía: sustitu-

cion de los gastos del juicio y de las multas en dinero con el papel sellado: tres códigos sancionados y los restantes á punto de publicarse: y tantas otras garantías que aseguran la preciada posesion de los bienes, el triunfo de los derechos, y el don inestimable de la seguridad personal, que son el alma y fundamento del bienestar social.

No podemos exigir los ancianos, que los que han nacido en mejores dias perciban estas diferencias con claridad y con calor; mas á los que hemos conocido aquel atraso, sufriendo y llorando las consecuencias, permítasenos que defendamos y glorifiquemos el progreso alcanzado. Si se nos negase la manifestacion expansiva de esos contrastes, nuestros propios hijos dudarian si era una nacion de la Europa culta, donde se vivia, como hemos vivido. A pesar de sus lunares, que todo los tiene en este mundo, bendigamos la civilizacion; y si no lográsemos que los obcecados se desengañen, opongámonos con todas nuestras fuerzas á los ilusos, que quisieran volvernos á la edad de hierro, negando le perfectibilidad humana.

He bosquejado de corrida algunas ventajas, porque fuera tarea interminable el enumerar uno por uno todos los adelantos: voy á recopilarlos en un sencillo resúmen.

A los barcos de vela, han reemplazado los de vapor y de hélice.

A las galeras corsarias, con ejes leñosos y clavos saltones, las diligencias con ejes y aros de hierro y los wagones con caloríferos.

A la primitiva calesa, los coches de plaza con número y tarifa.

Al correo semanal, el diario y los telégramas instantáneos.

A las partidas de bandoleros, las parejas de la Guardia civil.

A las cruces de asesinatos terroríficos en los caminos, los esbeltos kilómetros itinerarios.

A las plantaciones de renuevos arrancados de árboles viejos, las almácigas y los viveros.

Al enterramiento en las iglesias, los cementerios.

A los torreros de las costas, más de cien faros de reverbero de luz fija ó giratoria.

A los verederos, los *Boletines oficiales*.

A la *Gaceta de Madrid*, hebdomadaria y en 4.°, centenares de periódicos diarios descomunales.

A la oscuridad, mal piso y desaseo de calles y zaguanes, la limpieza diaria, las cancelas, los porteros, las cubetas urinarias, los adoquines, el asfalto, las aceras y el alumbrado de gas.

A los pozos inmundos, las alcantarillas.

A los aguadores de la Mari-Blanca, las fuentes de vecindad y á domicilio.

A los pozos de nieve, el hielo artificial.

A los figones asquerosos, fondas de príncipes y cafés de lujo.

A las velas de sebo, las esteáricas y el aceite mineral.

A las yescas con eslabon y pedernal, los fósforos de velilla.

A la aguja y el dedal, la máquina de coser.

A los regidores perpétuos y mitad de oficios de república en los nobles, la eleccion popular.

A la infamia de cómicos, carniceros y verdugos y á la exencion de milicias en favor de hidalgos, tonsurados y novicios, la igualdad de los ciudadanos ante ley.

A la tasa de regidor, el libre cambio.

A las levas, las quintas.

Al embrollo de fieles de fechos, los amillaramientos, repartos y cuentas expuestas al público.

Al predominio de pocas familias aristocráticas, la influencia de las clases media y general.

A los privilegios exclusivos y los gremios, la libertad de industrias, las exposiciones y los premios.

Al estancamiento de la propiedad inmueble, mayorazgos y tierras espiritualizadas, la desamortizacion civil y eclesiástica.

Al arbitrario manejo de la Hacienda pública, los presupuestos votados anualmente por las Córtes.

A la regalía de aposento, la ley de inquilinatos.

A la comunidad de pastos, el derecho de propiedad.

A recopilaciones indigestas, nuevas y novísimas de leyes, códigos ordenados y armónicos.

Al diezmo, enorme carga exclusiva de la agricultura, el sosten del culto y del clero por todas las riquezas.

A las comunidades antiguas, las que se ocupan en la enseñanza, en las misiones ultramarinas y en ejercicios de caridad.

Al suplicio horrible y repetido de la horca, el garrote poco frecuente.

A la molestia de pasaportes y su presentacion al pernoctar, el libre derecho de trasladarse á cualquier punto.

A la penuria de hambres y carestías en las clases proletarias, la abundancia de trabajo y de comestibles.

A las repugnantes violencias de bagajes y alojamientos, la regularidad del servicio por contratas.

A las pérdidas por incendios y naufragios, las compañías de seguros.

A la usura de los prestamistas, los bancos.

A la falta de prevision, las cajas de ahorros y de depósito.

Al silencio de los actos gubernativos, la publicidad de la prensa, la tribuna parlamentaria, los colegios electorales, los comités afrancesados y los meetings á la inglesa.

A la carencia de datos oficiales, los censos, las estadísticas generales y las especiales de instruccion, beneficencia, criminal, etc.

Al trabuco y al fusil, las carabinas rayadas y los rewolvers.

Al errax y al carbon vegetal, el carbon de piedra.

A la silueta y cámara oscura, el daguerrotipo y la fotografía.

Con ser tan pesada la relacion comparativa que acabais de oir, os la habrá hecho tolerable la grandeza de los progresos que revela, en todos los asuntos de la vida individual y social: así en la copia de medios de existir, como en la higiene: lo mismo en el sesgo de las costumbres, que en el dominio de la ciencia: tanto respecto de los intereses particulares, cuanto del pro comunal. Ese índice, todavía incompleto, que pudiera serlo de un grueso volúmen, contiene la demostracion, que me he propuesto hacer; por más que sobre algunos de los puntos no falte quien objete y discuta. Seria vano empeño querer privar á la sociedad actual y á la generacion presente de ese floron glorioso de sus conquistas, donde tantas piedras preciosas sobresalen, porque en algunas cosas, ó ménos importantes, ó más difíciles, haya retrocedido algun tanto, ó permanezca estacionada. Mírese al conjunto de esas trascendentales mejoras, y ni la crítica más severa, ni la más delicada conciencia podrán desconocer que atravesamos un período de perfeccionamiento real extraordinario. No puede haber quien de buena fé quiera retroceder, lisa y llanamente, á los tiempos pasados; y lo confirman los mismos maldicientes de la civilizacion moderna, que para anatematizarla y perseguirla, se aprovechan de los medios perfeccionados de que detestan. Al ver que ni saben explicarse, ni habria quien los comprendiese ni escuchase, sino acomodándose á la norma de la época, bien podemos pronosticar, que al realizar el retroceso, porque anhelan, se llevarían en pos de sí muchas de las ventajas coetáneas, aunque tuvieran que ataviarlas de casaca, espadin y peluca empolvada, ó discurrir alguna mistificacion para disimular el contrabando.

Desengañémonos: el mundo no siempre mejora; pero el mundo de hoy marcha adelante con velocidad creciente. Sucederá á este un período de detencion ó de decadencia, es po-

sible; mas en el ínterin se avanza con rapidez, con mayor ahinco cada dia, sucediéndose sin cesar los descubrimientos portentosos, que demuestran hasta la evidencia la perfectibilidad humana. ¿Hasta dónde llegará esta?

EL HOMBRE NO ES INFINITAMENTE PERFECTIBLE.

Acabamos de ver la grandeza del género humano: veamos tambien su pequeñez.

Las pruebas dadas en demostracion de que el hombre mejora y adelanta, pueden, mal comprendidas, conducirnos á creer, que esa perfectibilidad no tiene límites, que es siempre susceptible de aumento, que es inagotable el progreso y el mejoramiento infinito: á tal extremo han llevado las consecuencias algunos escritores estimables, más abundantes de corazon, que fuertes en la dialéctica. Y es, en efecto, dulcísimo, muy satisfactorio y glorioso mecerse en tan bellas ilusiones, que embriagando deliciosamente, como que dilatan el espíritu y fortifican el ánimo, para trabajar con entusiasmo entre consoladoras y alhagüeñas esperanzas. Por el contrario, negar la perfeccion absoluta parece que encadena el génio, que anonada el talento, que mata la actividad, condenando á nuestra especie á la estabilidad brutal. Es el amor propio pasion tan comun, que cuando no se resuelve á manifestarse al desnudo, adopta el ropaje de intereses legítimos ó de la conveniencia pública.

Nada tiene de extraño, por lo tanto, que almas angelicales, ansiosas de la felicidad de las naciones y gentes, y entusiastas de lo bueno, de lo bello y de lo sublime; ó que mentes altivas, enloquecidas con esa especie de milagros científicos, que asombran y asustan; nada extraño es, repito, que sueñen en mejoras ilimitadas y tengan al hombre por capaz de un perfeccionamiento sin fin.

Por otra parte, nos han precedido siglos de un misticismo

inerte, letárgico ó contemplativo, y era consiguiente la reaccion contraria, que al sacudir la carga, no ha parado hasta el delirio artístico y hasta el desvanecimiento científico.

Afortunadamente nos encontramos en un período de transicion social, aplomo de violentas oscilaciones y centro de sacudidas opuestas, en que los entendimientos claros, acrisolados é imparciales pueden apreciar mejor las exageraciones pasadas y presentes, valorando hasta qué punto eran errores los condenados como tales, y hasta dónde llega la exactitud de los principios proclamados como verdades nuevas.

Los progresos indudables de las ciencias exactas y físicas, que en nada han sido más extraordinarios que en el estudio de la naturaleza, han agrandado portentosameute la esfera del saber, respecto de los séres de los tres reinos; y el conocimiento del hombre, física y moralmente considerado, no ha sido el ménos ganancioso en las recientes conquistas. La anatomía llevada á los últimos átomos microscópicos; las operaciones quirúrgicas repetidas hasta la temeridad ó la fiereza, y la química orgánica escudriñando los misterios más recónditos de la vida interior, han puesto á la fisiología humana, dentro de sí misma y comparada con todo el reino animal, en estado de decirnos, de una manera segura, que el hombre, como todos los séres creados, está sujeto á leyes eternas, qne no puede variar, y que gira dentro del círculo marcado por el Hacedor, sea en *espiral*, como dijo Goethe, sea en *curva errática*, como yo me lo figuro.

Segun esta doctrina positiva, el hombre no puede adquirir facultad alguna, que no haya recibido de la madre naturaleza, ni perder, por su voluntad, ninguna de las recibidas. Desde la antigüedad más remota, ni ha cambiado la forma de los séres, ni cambiará. Lo mismo la organizacion humana, que la de los demás animales, es fija, invariable: y ni el carácter moral, ni el intelectual del hombre cabe que experimenten cambio alguno esencial. Hasta las cualidades y facultades, que se suponen fac-

ticias, son el patrimonio original de la especie humana, y de ninguna manera invencion ó descubrimiento suyo. Los gérmenes de cuanto ha hecho la humanidad en la série de los siglos y de cuanto hará en la sucesion de los tiempos, están encerrados dentro de nuestra constitucion orgánica por el soplo de la Omnipotencia. Estas aserciones, que sin duda parecerán atrevidas á su primera enunciacion, tienen testimonios irrecusables de hecho y de filosofía, pruebas innumerables en la historia del género humano, y confirmaciones sobreabundantes en la historia natural entera.

Desde que existen noticias, ninguna alteracion sustancial ha experimentado la naturaleza: las mismas leyes la rigen, idénticos fenómenos generales se experimentan, las propias causas dan los correspondientes efectos. Como el sol calienta siempre, y los graves descienden, y las órbitas planetarias no se mudan, y la lluvia fecunda los campos; como hay terremotos, tempestades, y el rayo yende, incendia y consume las añosas encinas, y el hielo excesivo mata las plantas; así es tambien, que ni una virtud siquiera ha desaparecido, ni un vicio ha dejado de existir entre los hombres. La gloria infinita y las penas eternas de todos los creyentes presuponen en los mortales el bien y el mal seguro y perdurable.

Pero al decir que el género humano tiene determinadas facultades, y que no le es dado variarlas, no se expresa la verdad por completo: es necesario añadir, que los tiempos y las circunstancias pueden desarrollar esos gérmenes perfeccionándolos, del propio modo que los pueden embotar y adormecer. Es decir, que las facultades del hombre son susceptibles de modificacion favorable ó adversa, si bien quedando lo esencial siempre lo mismo, en todas partes, en todos los tiempos. Varian las costumbres con más ó ménos lentitud, se cambian las maneras y los accidentes, rueda la moda en los gustos, usos y actos de una y otra generacion; pero el fondo es inmutable, como las leyes físicas.

Cada individuo viene á la vida con sus cualidades orgánicas, con los talentos que Dios le ha dado, con disposiciones, aptitudes é inclinaciones determinadas. Una Era social venturosa, de gobierno ilustrado y paternal, de laboriosidad y de paz, de feliz combinacion de circunstancias, puede favorecer el desenvolvimiento del poder intelectual de un pueblo; así como puede detenerlo y enervarlo la mano seca de un déspota tiranizador y brutal, ó un conjunto de circunstancias adversas. Una educacion descuidada ó torcida, ó no aviva las facultades, ó las pervierte; impide que crezcan, ó las esteriliza: al paso que una enseñanza bien dirigida y certera las estimula, cultiva y perfecciona. El aislamiento enerva y achica, reduciendo el círculo de actividad: el trato, el ejemplo y la comunicacion enseñan y comprometen al ejercicio. Detengámonos un poco á discurrir sobre las consecuencias de la *sociabilidad* y acerca del poder de la *educacion*.

Es sociable el hombre en virtud de sus facultades. Esta cualidad, que poseen tambien á su modo el castor, la abeja, la hormiga y otros animales, indica desde luego, que el hombre, además de sus atributos egoísticos, tiene otros que le relacionan con los demás individuos: regidos por sus leyes morales, han nacido naturalmente los deberes y derechos del ciudadano respecto de sí mismo y de la sociedad. Descubre además esa cualidad, que amén de lo que puede pensar y ejecutar por sí solo, tiene arbitrio para discurrir y hacer mucho más, asociado y en concierto con otros, repartiendo atinadamente la parte de estudio ó de tarea, que á cada uno corresponde: de donde procede la separacion de oficios y profesiones y la division del trabajo.

Despojad al hombre de la cualidad de sociable, es decir, del concurso mútuo, del saber y de las fuerzas de todos, del tesoro inmensurable de las tradiciones, trabajos, obras y escritos de las generaciones precedentes, y le vereis abismado en su propia limitacion, reducido á las tristes condiciones de

los primeros pobladores, ó al estado precario de un nuevo Robinson. Figurémonos á una sordo-muda en cinta, que se vé arrojada sola y sin amparo humano á una isla desierta, donde á poco dá á luz dos gemelos, un niño y una niña. Los amamanta trabajosamente, alimentándose de raices y frutos silvestres, y se queda desnuda para abrigarlos con retazos de sus araposos vestidos. La muerte de la madre los deja huérfanos, cuando apenas pueden atender á su existencia material; pero salen adelante y viven. Estos niños, que no han oido idioma alguno, no tendrán lengua, propiamente dicha; no sabrán cazar, ni pescar, ni acertarán á cultivar la tierra; porque ni lo aprendieron, ni tienen instrumentos: hasta llegar á poseer, con sus propios medios, los de alimentarse con regularidad, de cubrirse las carnes y de guarecerse de las inclemencias del tiempo, se les pasaria la vida. Supongamos que se propagasen y contaran larga descendencia y generaciones: ¿cuántas sucumbirian ántes de hallarse en el estado que hoy tienen naciones semi-bárbaras? Para esos séres, que podemos imaginar sin violencia, se habrian borrado todas las páginas del libro de la humanidad, y al cabo de tantos millares de años, volverian al comienzo del mundo, como si nada hubiera pasado.

En efecto, privado el hombre de los elementos acumulados por la colectividad en la série de los siglos, y siempre en el aislamiento individual, ni habria edificado esas ciudades populosas y opulentas que nos admiran, ni existirian esas redes de caminos calzados, que cruzan la tierra en varias direcciones, ni veríamos con asombro esas obras titánicas de acueductos, puentes, pirámides y otros monumentos seculares, que, ni aún contando con la máquina viviente de millares de peones, capataces, alarifes y arquitectos, no acertamos á explicar. Tampoco habria anales, sino centurias, y en vez de historia, solo tendríamos biografías.

Tan cierto es ésto, que, aún reunida la especie humana en grandes naciones, adelantó poco, miéntras que á las sociedades

les faltaron relaciones estrechas y fáciles para conocerse bien, para cambiar sus productos naturales y fabriles, para prestarse, en fin, sus respectivas ideas, invenciones y saberes. La asociacion de la familia es poco; la de la nacion todavía no basta; el desenvolvimiento completo del poder humano reclama lo sociedad universal, no en el sentido político de las ambiciones quinticarlinas ó napoleónicas, sino en el de relaciones mútuas, amistosas, comerciales y científicas.

No temo asegurar, que el gran progreso de nuestra Era, quizá no reconoce, entre sus varias causas, otra más determinante, que el haberse enseñoreado las naciones cultas de todos los mares, continentes é islas del globo, y puéstose en contratacion frecuente con todos los pueblos de las cinco partes del mundo. Iba á decir *de la tierra conocida*, frase sacramental de nuestros antepasados, que tenian mucho por reconocer y aún auguraban un gran continente austral; pero que es locucion impropia, cuando sabemos que no pueden existir grandes tierras ignotas. Surcados los Oceanos por todos los rumbos hasta los bancos de hielo de uno y otro polo, las tierras por descubrir serán pequeñas y casi despobladas. Puede afirmarse que la actual civilizacion extiende sus miradas á todas partes, y las investigaciones á los últimos confines del orbe: por cuyo medio ha enriquecido su comercio, sus industrias, sus gabinetes y museos, la historia del género humano, la inteligencia y el saber.

Y el saber ha avanzado tanto, que vamos sabiendo mejor lo mucho que aún se ignora, las causas de los adelantos y de la decadencia de las sociedades. De la exploracion de las vastas regiones de ambos hemisferios hemos aprendido, que hay todavía gentes embrutecidas por su aislamiento del resto de los hombres: que existen tribus salvajes, que deberán parecerse mucho á las generaciones primitivas: que hay otras ensimismadas, que han progresado bastante, y que anotan largas fechas de oscuras edades: y lo que vale más que todo, hemos deduci-

do, analizando y comparando, que el atraso de los pueblos inciviles, consiste esencialmente en lo científico y artístico, ó en otros términos, en la falta de desarrollo de las facultades intelectuales reflexivas: porque en las instintivas y afectivas, no aparece igual diferencia; si ya no tienen sentimientos iguales á los nuestros, revestidos de otras apariencias y con otras formas expresados.

En lo que atañe á la vida conyugal, á la familia, á las relaciones de indígenas y aborígenas, al respeto á los ancianos y gefes, á bateos, bodas y funerales, etc., las propias semillas existen en la Oceanía y en el interior del Africa, que entre los europeos: salvo que las unas apénas han germinado, marchitas; que las otras se encuentran en la floridez de la primavera; y que otras dan frutos otoñales maduros. Que el mancebo cante sus amores con el caramillo ó con el arpa; que la zagala busque el agradar adornándose con plumas ó con flores, con pintorreos ó con diamantes, con un arete en la nariz ó con pendientes en las orejas; que habite el hombre en cabaña pajiza ó en palacio de artesonados techos; siempre y por siempre expresará las mismas facultades, sin salir del círculo trazado por el Criador, aunque varie los accidentes. En lo sustancial es casi imperceptible la desigualdad que hay de unas naciones á otras en órden al uso del discurso: así lo ha dicho, y con razon, el ilustrado autor del *Mapa intelectual*, y la misma opinion sostiene el sesudo instituidor de la *Fisiología del celebro*, asegurando, que la historia de todas las naciones, desde el estado salvaje al más civilizado, es absolutamente la misma. Recordemos las severas reconvenciones de los tlascaltecas á Cortés, las de los árabes de la Argelia, y las que los japoneses exponen á la marina real británica, y rebajaremos no poco de la superioridad discursiva de los conquistadores.

Por donde se vé, que si la sociabilidad es un medio poderosísimo de perfeccionamiento, respecto al saber por principios ciertos, y señaladamente á los que constituyen las ciencias

exactas, físicas y naturales, que piden tiempo, observacion y hechos repetidos; no sucede lo mismo en las morales, que apenas sufren otra novedad que en los accidentes y las formas, por hallarse encarnados sus cánones en el corazon de todas las criaturas, cualquiera qne sea su posicion. Aparece igualmente que el desenvolvimiento de la inteligencia y de la civilizacion, por tantos lados provechoso á la especie humana, tiene tambien su parte flaca, cuando el engreimiento, la precipitacion ó la ceguedad debilitan ó adulteran los sentimientos innatos acerca de lo lícito é ilícito, lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso.

Algunos ejemplos de ese estravío de la razon nos suministra el conocimiento de los hombres y de los sucesos. Períodos hay, en la historia de todos los pueblos, en que el desbordamiento de las pasiones, la exageracion del egoismo y del amor propio, la avaricia de riquezas y de goces, y el predominio de la fuerza bruta sobre la inteligencia, han detenidò los progresos, produciendo desórdenes, parcialidades y guerras civiles, achicando la virtud sociable ó esterilizando sus frutos.

Aún en tiempos bonancibles la sociedad tiene sus carcomas: porque no ya el vulgo, no ya el pueblo, sino los genios mismos no pueden librarse del error, de las manías más extravagantes, cual si las tareas y las vigilias les perturbasen el juicio. Pedid lo que querais á los espíritus y talentos extraviados; que desde el fatalismo de Zenon hasta la filosofía alegre de Epicuro, nada echareis de menos. Hay personas de grande ingenio y de instruccion sobrada, que á haber evitado el choque con los demás y las controversias acaloradas, dejarian monumentos imperecederos de su capacidad, perseverancia y consecuencia en cierto género de estudios; pero el carácter insociable de estos miembros de la sociedad, en quienes la contradiccion produce una perturbacion completa, los pone en pugna con otras eminencias análogas, llegan á figurarse que son desatendidos, y su irascibilidad, su encono y su despecho

no reconocen límites. Ya no reparan en contradecir lo que ántes defendieron, en profesar doctrinas diversas y opuestas; y hasta revisten sus pasiones rencorosas con la solemnidad de una abjuracion. La rivalidad más temible es la de los literatos y de los artistas: es lucha con todas armas, porque tienen las del comun de las gentes, aguzadas y envenenadas por el talento, y las especiales de su peculiar destreza.

Con estos celos y esas contradicciones y apostasías se causa gran daño á los progresos generales del entendimiento; porque al ver los estudiosos tranquilos y modestos, que tales eminencias vacilan, cambian, claudican y contradicen hoy con tenacidad, lo que ayer defendian con fervor, comienzan á dudar de la solidez de los principios, ó desconfian de la verdad, cuando no pueden conocer las causas secretas de aquellas evoluciones chocantes.

No quiero citar, en apoyo de este juicio, los muchos ejemplos que pudiera; un solo caso es suficiente, el del abate Lamennais. Este escritor, de incuestionable mérito, se vió arrastrado, por su carácter difícil y genio absoluto, á sostener opiniones tan contradictorias como las contenidas en sus varias y bellas producciones. Desde el *Indiferentismo* en materia de religion hasta el *Pueblo constituyente*, median piélagos insondables de doctrinas extremas, por más que él se empeñase en defender que no se contradecia, sino que seguia su camino.

Otra pequeña sombra en el magnífico cuadro de la sociabilidad civilizadora. A medida que el esfuerzo general, exforzado por generaciones enteras, vá acumulando trabajos, ideas, hechos, observaciones, escritos, documentos y medios de perfeccionar, crece tambien la dificultad de su ordenacion y custodia; cuesta más el estudio y cotejo de tantas opiniones aglomeradas, y es más factible que se confunda el que aprende: una indigestion de ideas, ó un estravío del juicio. ¿Se quiere una demostracion de esa dificultad? Hagamos un reto al más entendido economista, al más sabio químico, cuyas cien-

cias son modernas, para que en uno ó varios meses formen el simple catálogo de las obras que se han escrito sobre los diversos ramos de esas profesiones. ¿A que no los encuentran y comprenden todos? Bibliotecas con millares de volúmenes todavía carecen de millares de otros: ¡imposible saber lo que se ha escrito!

No alcanzándose á manejar tanto caudal de pensamientos y de hechos, unos se descartan por añejos, quedándose con los más en boga; bastantes se condenan sin exámen suficiente; y muchos se olvidan y pierden; de manera, que son pocos los literatos que poseen gran conocimiento del pasado, mientras la mayoría de los que estudian, atenida á lo que dicen y conservan esos pocos, pierde de hecho una buena parte de los frutos preciosos debidos al trabajo social. Así se explica que se oscurezcan ciertos hechos y verdades con el transcurso del tiempo, que luego haya quien los resucite como originales, y que despues venga otro acusando de plagio, encontrando entre el polvo de un archivo ó en un libro viejo, iguales ó semejantes ideas, mucho ántes estampadas ó escritas. Por eso se ha acreditado y se repite la sentencia filosófica de *nada nuevo bajo del sol*, moderadora del orgullo inconsiderado. Como que la inteligencia humana camina por una inmensa curva undulante, que por la grande extension de su desarrollo se confunde á largos trechos con la recta; ó que por sus rápidas convergencias simula parecerse á veces al círculo vicioso.

Queda, pues, de cierto, que la sociabilidad es una palanca inmensa para el adelanto de los conocimientos humanos, si bien hay ocasiones en que, desquiciado el punto de apoyo, que es el órden y el buen gobierno, conmueve lateralmente y trastorna, sin levantar. No llegando á la sociabilidad, el hombre no ha completado su ser, ni ha puesto en ejercicio todas sus facultades: parece una criatura imperfecta. Por eso la pena del aislamiento completo y perpétuo es la más terrible que han ideado los criminalistas. Mas el hecho mismo de haber sido dotada

nuestra especie de esa facultad, revela que tiene necesidad de ayuda y de socorro, que no lo puede todo por sí, y que, aún asociada, tiene que limitarse á girar en su eclíptica, encerrada entre los trópicos que le trazó la Providencia.

¡La educacion! La educacion es muchísimo, y apenas es nada: por eso han desvariado tanto los que de ella tratan, sin combinar su poder con el de la naturaleza. Y en esta materia suelen estraviarse más fácilmente los talentos distinguidos, que propenden á lo absoluto, prefieren lo extraordinario y no quieren detenerse en el camino, que emprendieron con ardor. Presumen que es fruto de sus afanes, de sus estudios y de sus maestros, lo que deben principalmente al destello divino que le cupo á su mente. Partiendo de este error ¡qué mucho, que en los asuntos difíciles se pase á los extremos! Pecando por exceso ó por defecto, unos se lo conceden todo á la educacion, y otros se lo niegan todo.

Se ha defendido, con cierto aplauso, la paradoja de que *todos los entendimientos son iguales*, no encontrando otra razon de diferencia, que la distinta enseñanza. Ciertos materialistas, bien al contrario, suponen inmodificable al indivíduo, fuera del curso natural del organismo. Aquellos se oponen á que los buenos entendimientos se tengan por un puro don de la naturaleza, porque tal creencia perjudica al progreso de las ciencias y de las artes, favoreciendo la pereza. Estos otros consideran al hombre como una máquina de artífice desconocido, con determinada fuerza y mecanismo invariable, que viva y sana funciona sin alteracion, y que se descompone é inutiliza cuando enferma y muere.

Parece inconcebible que, en esos desconciertos de la inteligencia, no se cruzasen alguna vez hechos ó reflexiones capaces de rectificar el juicio de un modo concluyente. ¿Hay más que mirar á ciertas personas, para comprender su diferente capacidad original? Ved la cara y cabeza de un idiota, é instintivamente conocereis que es un sér desgraciado, de potencia inte-

lectual escasísima, incapaz de perfeccionamiento racional en muchas materias. Reparad en el busto de Choffron, y en los de otros criminales tristemente célebres, y apenas podreis contener la repugnancia que inspira su torvo gesto, y el espanto que infunde su fisonomía patibularia. Contemplad á esos modelos de bondad, de abnegacion, de amor y de caridad, y leereis en la suavidad y dulzura de su semblante, en la sonoridad armoniosa y simpática de su voz, y en lo tierno y expresivo de sus miradas, dotes interiores semejantes á las de un San Vicente de Paul. Y no os imagineis que he aprendido mi doctrina por los ensayos fisionómicos de Lavater, el ángulo facial de Camper, el craniómetro de Ellis, ó el trabajo fundamental de Gall. ¿A qué meterme en ese campo, extraño á los profanos en la antropología, si basta el buen sentido, la inspeccion ocular y el trato de gentes, para asegurarse de la diversa aptitud de los sugetos?

Reparando en los sentidos esternos, por donde recibimos tantas impresiones, orígen de multitud de ideas, ¿cuán palpable no es la diferencia? Quién es corto de vista ó casi ciego, quién sordo; este carece de olfato, aquel tiene mezquina lo sensibilidad del paladar; y mientras hay quien por el tacto conoce las monedas y las cartas de la baraja, otros no distinguen si lo que tocan es suave ó áspero.

¿Y cómo no fijarse en que entre cien pobres niños expósitos, recogidos en la inclusa, se notan los distintivos orgánicos desde los primeros dias? Preguntemos á las nodrizas despejadas de esos establecimientos, y nos dirán cuán luego advierten, que un reciennacido es de carácter tranquilo ó alegre, otro desapacible ó iracundo; tal adormecido é insensible á los excitantes exteriores, cual avispado y que marcadamente se fija en los objetos. ¿Pueden haber producido estas notorias diferencias los efectos de la educacion, ó será más creible que procedan de causas orgánicas y congénitas?

Si continuamos observando el natural de los niños cuando

empiezan la instruccion primaria, notaremos bien pronto las simpatías que sienten algunos para juntarse y quererse, y las antipatías de otros, que no se avienen á estar unidos y en paz. No habrá director de párbulos, que no nos diga, con pleno convencimiento, que, independientemente de la enseñanza y del ejemplo, se descubre en unos grande aficion al estudio y facilidad en aprender, en tanto que otros repugnan la leccion ó no pueden comprender lo que se les enseña: que en bastantes sobresale la memoria, en pocos la penetracion, y menor número aún dan señales de genio. A cada cual le entretienen agradablemente cosas diversas, juegos distintos; y alguno hay, que dejando á los demás con la pelota, el aro, y los caballos de madera, se ocupa con delectacion y retraido en examinar estampas de animales y paisajes, que comprende y explica con singular facilidad.

Vayamos todavía más adelante, y oigamos á los profesores de segunda enseñanza y de facultades. Unánimes y seguros aseverarán, que es incuestionable la diferente aptitud de los jóvenes, y que se revela claramente, aparte de las ideas adquiridas por la educacion. Tal hay, que es un prodigio de capacidad y de aplicacion en las matemáticas, sobresaliendo en todos los actos y ejercicios, y ni á mediano puede llegar en historia, aunque se esfuerza más en ella por pundonor. Cual, se encuentra que sabe de memoria los nombres y motes de todos los alumnos de la Universidad, los nombres y apellidos de los catedráticos, empleados y vedeles; que retiene los números de las casas donde viven, y que á todos los conoce de vista: pues este mismo no ha logrado aprender las veinte y cinco palabras de la clasificacion botánica lineana.

Yo alcancé á un vecino de mi pueblo, que fué pastor de jóven en un rebaño de trescientas cabezas. Conocia una por una todas las ovejas del atajo, sabia el nombre puesto á cada cual, y hasta las distinguia de noche por el balido. Pues este pobre hombre, casi imbecil, á pesar del empeño y lecciones de

la familia, de los esfuerzos del celoso cura párroco, y de lo que á él mismo le importaba para poderse casar, como queria, se murió anciano sin las bendiciones de la Iglesia, por no alcanzar á aprender ni el Credo. Si cada facultad del entendimiento no tuviese el correspondiente archivo memorioso, serian inesplicables hechos tan auténticos como este.

Luego si la nodriza y el maestro, que discretamente se han calificado de los dos primeros funcionarios del Estado, nos testifican esa verdad tan de bulto y tan sencilla, ¿qué necesidad tenemos de luchar con los frenólogos? Todos los que quieren observar atinadamente, la tocan á cada momento, en su roce con los demás. Aquí descuella un talento vivo, enérgico, de gran fuerza impulsiva, que penetra los pensamientos de golpe, como la bala rasa, que agujerea la tabla, sin estremecerla. Allí hay otro perezoso y tardo, pero tenaz y con fuerza de tornillo, que se detiene en los medios antes de llegar al fin, como la barrena, que vence una por una las capas del madero, al hacer el taladro. Acá un genio afilosofado, raro, brusco en el trato de gentes, torpe y desmañado en el manejo de los negocios; parco en el comer, desaseado en el vestir, y únicamente agudo y profundo en el estudio de las abstracciones. Acullá, en fin, un entendimiento romo en comprender y en esplicarse, diestrísimo en obras de manos, y cuya aptitud parece concentrada en las yemas de los dedos.

En el arsenal inmenso de los hechos históricos existen ejemplos notables de la limitada eficacia de la educacion, y del grande alcance de las dotes naturales. ¡Cuántos preceptores distinguidos por su saber y sus virtudes han malogrado el tiempo, trabajando en educar discípulos, que carecian de aptitud! El melífluo y amoroso rey David no logró reprimir las pasiones aviesas del fratricida y pingado Absalon. Sócrates, con toda su severidad filosófica, alcanzó bien poco siendo maestro de Alcibiades. Nuestro Lucio Séneca, el admirable escritor sobre los *beneficios*, sobre la *clemencia*, sobre la *tran-*

quilidad del alma y sobre la *constancia del sábio*, tuvo por discípulo al tirano proverbial Neron. El gran Bossuet sacó escaso fruto de sus talentos, educando al Delfin, hijo de Luis XIV. Y por último, Condillac, maestro del Duque de Parma, y Diderot del gran Duque de Rusia, no habrian alcanzado la fama de hombres eminentes, si hubiéramos de calificarlos por la limitacion de sus aleccionados. ¿Y qué maestros tuvieron Epicuro, San Agustin, San Bernardo, y otros grandes hombres? Ellos nos aseguran, que aprendieron por sí mismos. Infinitos personajes, sin mas guia que su aptitud especial, se elevaron á grande altura, desde posiciones humildes, ó con sus propias fuerzas. Entre mil ejemplos, que citar pudiera, me limitaré al de Pascal, que á los doce años, por sí mismo y sin libro alguno, habia hallado las 32 primeras proposiciones de Euclides, y que á los treinta y tres, de su enfermiza y corta vida, pasaba en el mundo sábio por uno de los primeros geómetras y de los escritores más trascendentales.

Por otra parte se ven familias en quienes aparecen trasmitidas las cualidades y los talentos, como se heredan la raza y la robustez física. La estirpe de los Catones, siempre severa; la de los Guisas, audaz y facciosa; la parentela de Montaigne, enemiga de la medicina; la línea de los Arnaldos, anti-jesuita; los Bernouillis, matemáticos; los Vossius, eruditos.

Vaya un argumento de analogía no ménos fuerte, que algunos directos. Cuando el hombre ha querido mejorar los animales domésticos, ó acomodarlos á determinados usos, ¿se ha contentado con educarlos, ó empieza por acudir á la causa madre de la organizacion? ¿Se limita á enseñar á los que ya tiene, ó busca otras especies y variedades extrañas para cruzar las castas, escogiendo parejas adecuadas de macho y hembra? A la eleccion de caballos padres y yeguas de vientre, que no á la educacion, se deben las excelentes razas caballares de cria, de tiro, de batalla, de silla, de carrera y otras muchas, que de poco acá poseemos. A la misma causa física hay que atri-

buir las innumerables castas de perros de presa, mastines, sabuesos, pachones, gozques, de aguas, etc.: sin que á nadie le ocurra educar un galgo para que sujete al toro en la lidia, ó un perro de Terranova para cazar liebres. La mejora de las lanas finas sajonas es debida á la laya del ganado: se inició exportando nuestros escogidos sementales y no educando las ovejas del país. Como no tiene que ver con la enseñanza, que la perdiz del Maestrazgo sea mejor reclamo que la de la Mancha; que una gata sea mejor madre que otra; que entre los ruiseñores de la ribera cante uno mejor que los demás; ó que un toro jarameño envista á cuanto se le acerca, y una vaca suiza se deje conducir de las astas.

¿Y qué se deduce de lo que queda dicho? Que la educacion puede despertar, desenvolver, excitar, avivar, estimular, animar, activar, adelantar, acrecentar, mejorar y perfeccionar las facultades que existen en el indivíduo; pero que ni puede producir las no existentes, ni destruir las enérgicamente manifestadas, ni resucitar las que se hallan atrofiadas por completo. En estos últimos casos la educacion es harto débil: en el primero es poderosísima, de importancia suma, de trascendencia inmensa. Y como la sabiduría suprema ha dispuesto las cosas de manera, que las organizaciones privilegiadas sean escasas y las desdichadas igualmente reducidas, resulta, que la educacion es de gran provecho para la generalidad de las personas y tan digna de la atencion que le dispensan los gobiernos civilizados y civilizadores, que no hay bien superior al que se puede producir con la instruccion.

No se pierda de vista, sin embargo, que, á pesar de la aptitud regular del mayor número, no podemos prometernos que la generalidad se consagre sériamente al desarrollo de su inteligencia, por la carrera de las letras. Unicamente la instruccion primaria es compatible con las faenas precisas de las gentes trabajadoras. La sociedad tiene el derecho y el deber de hacer obligatoria la instruccion en este primer grado, como

parte y complemento de la educacion indispensable: puede y debe comprometer á los padres de familia, descuidados ó avaros, á que envien sus hijos á la escuela hasta los diez años; pero no hay razon para que se prolongue más el sacrificio, ni por parte de la familia, ni por la del Estado.

Aquí me cumple exponer las pruebas de que las medianías intelectuales constituyeron, constituyen y seguirán constituyendo el mayor número de los habitantes de todos los países: para lo cual aduciré cuantos razonamientos me ocurran, añadiendo el inflexible rigor de los números, en lo que he podido examinar datos.

¿Querrán acusarme de inconsecuencia los pesimistas, porque confieso que la mayoría es mediana y no excelente? He sustentado que el bien es más abundante que el mal en el sentido moral y recto: al probar ahora que hay ménos talentos sobresalientes que medianos, probaré tambien que es mucho mayor el número de los medianos que el de los estólidos. Además, sábio no lleva siempre la cualidad de bueno, como no son malos todos los ignorantes: suele estar compensada la falta de ingenio con la copia de virtud. No hay talentos universales: los más celebrados sábios tuvieron notables extravagancias, faltas y defectos tan mayúsculos como su inteligencia: pocas veces los grandes errores proceden sino de los grandes ingenios.

Efectivamente, la generalidad de la especie humana, así por su organizacion, como por vivir del trabajo material, es indocta, y se ve sometida á la ignorancia, al error y á las preocupaciones. Los progresos pertenecen á un corto número de individuos. ¿Cuántos descubrieron la gravedad é impenetrabilidad de los cuerpos, ó idearon sistemas planetarios? Pero nunca faltó quien se burlase de los inventores y les hiciese la guerra, poniendo en duda la verdad y retrasando su adopcion. Sin acudir á la historia de todas las naciones y épocas, no hay quien no haya podido observar por sí mismo, que la falta

de cumplimiento á mil anuncios, publicados con solemnidad y con énfasis, no ha sido capaz de desengañar á las gentes, y de hacerles conocer la falsedad de las predicciones sobre lo venidero. Los impostores gozarán siempre un alto concepto entre la multitud. Arago y Secchi nunca tendrán la popularidad que alcanzan los zaragozanos Yagüe y Castillo. Nuestros astrónomos, al confeccionar el calendario, conservando los pronósticos en los cuartos de luna, si no se ajustan á la sinceridad científica, acreditan que conocen las necesidades vulgares: no está reñido el estudio del cielo con el de la tierra, el de los ástros con el de los hombres.

Van á la guerra miles de soldados, voluntarios y reclutados, muchos sargentos, oficiales y jefes: pocos se distinguen por su extraordinario valor y gran pericia: poquísimos son tambien los que faltan á su bandera ó se acreditan de enteramente torpes: la generalidad cumple regularmente con los deberes de la profesion. En las oficinas hay un sin número de empleados medianos, pocos ineptos, ménos distinguidos. Los directores de fábricas y talleres particulares, al calificar crecidas listas de operarios, encuentran proporciones semejantes: para algunos que descubren génio artístico ó que se muestran impéritos en su oficio, la mayoría desempeña medianamente lo que se le encarga.

Otro hecho más conspicuo, por lo mismo que le hallamos en esfera elevada. Vienen á las Córtes las sumidades en luces, en fama y en servicios, escogidas por el poder supremo, ó elegidas en todas las provincias, con la presuncion de ser la flor y nata del país en capacidad y en merecimientos. Aechad todavía esta semilla crecida, y vereis lo que en la criba queda. Alguna docena, entre más de seiscientos, alcanzan el título de oradores en cada cuerpo colegislador: una tercera parte son los que discuten: la mayoría vota y calla. ¿Y cuánto no hay que distinguir entre el verdadero orador y el discutidor, entre la grandilocuencia y la garrulidad? Ni al ser orador distingui-

do va siempre anejo el don de la probidad, del patriotismo y de la virtud. La elocuencia del malo se ha comparado cuerdamente al cuchillo del loco.

Dejaré esas observaciones, tan fáciles de hacer en todas las clases de la sociedad, y me fijaré en una, de que poseemos datos estadísticos, en la juventud estudiosa. Segun un cuadro que he formado (1), con la exactitud posible, del quinquenio escolar de 1857 á 1862; en las escuelas y establecimientos de nuestros diez distritos universitarios, se verificaron 316.943 exámenes de alumnos cursantes y 21.098 ejercicios para grados y títulos. En el total de 338.041 pruebas de aptitud, hubo 51.237 ejercitantes que obtuvieron la nota de sobresalientes y 15.322 que salieron reprobados; quedando el considerable número de 271.482 con las notas intermedias. Es decir, que en cada 1.000 ejercicios ó exámenes resultaron 155

(1) Cuadro resúmen de los exámenes y ejercicios celebrados en los establecimientos de Instruccion pública de los diez distritos universitarios, en los cinco cursos desde Octubre de 1857 á Junio de 1862, y las calificaciones obtenidas en ellos.

DISTRITOS UNIVERSITARIOS.	Número de exámenes.	Notas de sobresalientes.	Notas de reprobados.	Notas intermedias.
Barcelona	52.638	6.566	2.996	43.076
Granada	26.911	4.347	1.269	21.295
Madrid	75.323	11.220	4.318	59.785
Oviedo	7.295	963	260	6.072
Salamanca	19.065	2.575	989	15.501
Santiago	15.086	2.694	506	11.886
Sevilla	34.436	7.381	902	26.153
Valencia	27.251	3.506	708	23.037
Valladolid	29.406	2.703	1.191	25.512
Zaragoza	29.532	3.821	1.416	24.295
Total de exámenes de curso.	316.943	45.776	14.555	256.612
Ejercicios de grados y títulos en los diez distritos	21.098	5.461	767	14.870
TOTAL GENERAL	338.041	51.237	15.322	271.482

sobresalientes, 45 reprobados y 800 en el *mare magnum* de las medianías; ó sea, una quinta parte de talentos escepcionales para las asignaturas respectivas, y cuatro quintas partes de talentos comunes. Y todavía no me conformo con este resultado, creyendo que la diferencia en favor de las medianías debe ser mayor; pues sabido es, que por efecto de la benevolencia y de los hábitos de tolerancia pasada, figuran como sobresalientes algunos, que no lo son tanto, y dejan de aparecer entre los reprobados bastantes peores que medianos. Autoriza esta sospecha, nada cavilosa, la gran disparidad que se nota entre unos y otros distritos y respecto de las asignaturas diversas; no embargante, que se tengan en cuenta las varias aptitudes peculiares de nuestros provincianos. Porque tampoco ha alcanzado la educacion á que haya tantos poetas en la zona septentrional, como en las Andalucías, á que los del Sur sean tan sosegados y laboriosos como los del Norte, y á extinguir la nostalgia en los del Noroeste.

Me confirman en la misma creencia dos hechos, que tengo observados, y cuyos fundamentos someto á la ilustracion de la Academia. Uno: que las escuelas especiales, establecidas con planes severos, y donde ha prevalecido constante el rigor de los exámenes, han alcanzado justo crédito y alumnos aventajados; porque desde el principio descartaron las capacidades comunes, y se fueron quedando con la flor de los aspirantes. Otro: que la compañía de los Jesuitas, moderna entre las demás órdenes religiosas, alcanzó muy pronto un ascendiente visible; porque entre sus discretos cánones de gobierno estaba este, tan conforme con las doctrinas fisiológicas: que no hay hombre tan nulo, que no sirva para algo, ni ninguno tan completo, que valga igualmente para todo. Las consecuencias de esta base no podian dejar á la zaga á quienes tuvieron el acierto de concebirla y practicarla. ¡Desdichado el que cambia los papeles y equivoca los destinos! Dad á Galileo la tizona del Cid, á este la péñola de Cervantes, y al autor del Quijote el

telescopio de Galilei, y convertireis tres figuras magníficas en tres pobres medianías.

Visto que ni la educacion más esmerada y sábia, ni la reunion de esfuerzos, que proporciona la sociabilidad, tienen virtud suficiente para producir en el hombre una cualidad nueva, una facultad que no haya recibido en su organismo de la mano todopoderosa del Hacedor: visto que por los expresados medios de mejoramiento, únicamente puede conseguirse aleccionar nuestros sentidos é instintos, dirigir nuestros afectos, y perfeccionar la potencia recibida: visto, por último, que los principales progresos, siempre limitados, nacen de las facultades intelectuales reflexivas, con que nos consagramos al estudio de las ciencias y de las artes; resta examinar si en la larga série de siglos de que hay memoria, la vida del género humano dá otros resultados, que los que suministra el buen discurso: esto es, si nuestra explicacion racional está conforme con los hechos constantes de la historia.

La opinion exajerada de nuestra gran superioridad actual sobre los tiempos pasados, es más vulgar que científica; procede más de impresiones sensorias, que de maduro exámen; tiene bastante de cierto, y muchísimo de ponderacion; ha debido mucho á la vanidad y poco á la modestia. No hay hombre eminente en algun ramo del saber, que se haya dedicado con fruto á profundizar una especialidad, inquiriendo su orígen, y desentrañando cuanto de ella se ha escrito, que no diga imparcialmente, que ha visto en los antiguos mucho que admirar; que si existen ciertas mejoras acomodadas al estado reciente, hubo sábios antiguos que vislumbraron la teoría; que se han oscurecido y desusado otras, que convendria desenterrar; y que con haberse caminado tanto por la senda tortuosa de la perfeccion, es mucho más aún lo que se ignora que lo que se sabe, é infinitos los misterios que no alcanzamos á descifrar. Una comparacion sumaria de lo actual con lo pasado persuade, que si hay fundamento en nuestros adelan-

tos para reconocer el progreso humano, existen tambien motivos para no engreirse desmesuradamente.

Aunque incompletos y arruinados, monumentos nos quedan de la altura á que habian llegado las construcciones en antiguos pueblos civilizados. La arquitectura y la escultura de Egipto, Grecia y Etruria, lejos de desmerecer de las que hoy practicamos, sobresalen por su carácter gigantesco, por sus formas atrevidas y por la hermosura de los contornos. De allí están tomados la norma y el nombre de los órdenes, que todavía conservamos. Aquellos artífices no tendrian por qué avergonzarse ante nuestros más ponderados edificios. Los templos, los palacios, los arcos, los obeliscos y los teatros recientes, ¿pueden eclipsar á los que aún revelan su grandeza en los restos desmoronados de Palmira, Menfis, Tebas, Atenas y Roma? Nuestras catedrales, nuestro maravilloso Escorial y nuestros reales palacios no prueban más sabiduría, ni más poder, ni más genio, que las admirables obras de Jagguernat, de Denderah y de Nimes. Por ese convencimiento, los cultos europeos envian pensionados á los jóvenes sobresalientes en las bellas artes, á que en Italia y en Grecia se formen en el estudio de aquellos modelos.

Habladme de pintores, oradores y poetas modernos: escoged los que tengais por más aventajados y comparádmelos con Rafael, con Demóstenes y Ciceron, con Homero, Virgilio, Horacio y Ovidio. ¿No se honran nuestros contemporáneos celebérrimos aspirando á imitarlos, copiándolos, traduciéndolos y comentándolos? Los escritores flamantes de mayor talla confiesan que la educacion, la disciplina y el arte modernos no son gran cosa parangonados con la educacion, disciplina y arte de griegos y romanos: que ante la elocuencia del orador Príncipe, en su discurso sobre la Corona, se eclipsa y apaga la de Bossuet, Mirabeau, O'Conell y demás grandes oradores hasta nuestros dias: y que la fortaleza, virtud cardinal de los cristianos, lo fué antes entre los pueblos cultos del paganismo.

El asunto de las invenciones y descubrimientos, argumento el más empinado en favor de las ventajas presentes, tiene muchos algos que analizar. Objetos y productos recibimos de naciones, que pasan por atrasadas, que no pueden hacer las más avanzadas; que ni siquiera sabemos cómo se ejecutan. ¡Cuán limitados son nuestros conocimientos sobre los ustorios del geómetra de Siracusa, las pinturas al fresco y los embalsamamientos egipcios, y el mortífero curare de los indios! En medio de nuestros adelantos en mecánica, ignoramos cómo se condujeron aquellas enormísimas moles de piedra, que existen en los templos y sepulcros de Egipto: no podemos hacerlo. Levantaron los rodios un coloso de metal de casi 33 metros de altura y á nosotros nos cuesta ensayos repetidos el fundir una campana de mil ó dos mil arrobas.

Son bastantes las obras artísticas, herramientas, máquinas y procedimientos, que se dan á luz como nuevos, que fueron anteriormente conocidos, en esa ú otra forma. A pesar del descuido que se tuvo en anotar los sucesos y de las pérdidas repetidas de archivos, testimonios y documentos de la antigüedad, aún quedan vestigios de la existencia ó conocimiento de algunos mecanismos, que se han querido vender despues por absolutamente originales.

Sin embargo, en lo que no es dable poner término á los conocimientos humanos, á los descubrimientos sucesivos, es en aquellos ramos científicos y artísticos, que dependen de un concurso particular de circunstancias felices, de combinaciones especiales, de elementos favorables. En este caso se encuentran las artes y ciencias positivas, en que la continuada observacion, la repeticion de experimentos y hasta una casualidad afortunada llegan á producir resultados pasmosos y casi inconcebibles. La geodesia, la física, la química, la mecánica, la astronomía, la náutica, la historia natural, la anatomía, la agricultura y la higiene han adelantado ántes, adelantan ahora y adelantarán todavía: mas, por mucho que progresen, aún

quedarán problemas que resolver, cuerpos que analizar, cometas que nos sorprendan, funciones orgánicas misteriosas y dudas acerca de la vegetacion, y sobre epidemias y contagios.

Sabido es de todos, y anda en proverbio, que no hay dia de la vida en que no aprendamos algo nuevo, en la conversacion, en la lectura, en los negocios y en la experiencia del mundo. Y no se ha reparado con igual conviccion, en que tampoco hay dia, en que nuestra limitada y flaca memoria deje de olvidar algo ó de trascordarse. Una prueba demostrativa de que se olvida con la misma facilidad que se aprende, la tenemos en que, no obstante los chascos, desengaños, contratiempos y lances desagradables, que contínuamente ocurren, los hombres no son hoy más precavidos, dejándose engañar y volviendo á ser burlados, cual si la reminiscencia se achicase. Aseméjase nuestra capacidad intelectual á un vaso henchido de agua, que derrama una cantidad de líquido proporcionada á la que se le echa despues de lleno. Repleta de cuanto cabe la memoria, renueva su caudal con los hechos, ideas y nombres recientes necesarios á cada edad y situacion, como si los tomara á cambio de los añejos y ménos útiles en la actualidad.

La limitacion de nuestra capacidad es una verdad de intuicion: no se concibe la posibilidad de saberlo todo, porque no se comprende qué seria del hombre el dia en que no tuviera que aprender. Sin que se mude su naturaleza, cosa imposible, no puede dejar de ejercer sus facultades: y cuando se le han dado permanentes para inquirir ó inventar, á buen seguro que jamás han de faltarle oscuridades en que penetrar.

El indivíduo está en su esfera particular: anda, trabaja y domina su altura, pero á poco de pasar el puerto, desciende, corre y se precipita. El hombre, perfecto dentro de su sér, no es perfecto en absoluto: aprende y olvida, adelanta, dejando algo atrás; ya se afina y civiliza, ya se estravía, pervierte y embrutece: gana por un lado lo que por otro pierde: enmienda un dia lo que el anterior hizo mal, para corregir al siguien-

te lo mal enmendado: en suma, mejora tachando, y perfecciona destruyendo.

Eso mismo que palpamos en el indivíduo, lo vemos más de bulto en las colectividades. No se levanta un edificio iluminado por el sol meridiano, que no deje un lado umbroso y expuesto á los soplos del cierzo. No surtimos de agua potable á una poblacion, sin perjudicar más ó ménos con las humedades los cimientos y muros de las casas. Apenas fecundamos con riego abundante una campiña agrícola, exponemos á los moradores á calenturas intermitentes. Inventamos los fósforos en beneficio de los usos domésticos, y se aprovechan de ellos los ladrones nocturnos, ó los convierten en tósigo doncellas desairadas. Purificamos el interior de los grandes pueblos con el sistema de alcantarillas, y tras de perder la agricultura una suma inmensa de riqueza, abrimos caminos cubiertos para los cacos, que atacan la fortuna ajena, y necesitamos crear rondas subterráneas, que los persigan en aquellos antros de infeccion. Todo lo que nos toca hacer es pesar en justa balanza las ventajas y los inconvenientes, sustraer ó restar; calificando de nocivo lo que daña más que aprovecha, y de útil lo que sirve mucho más de lo que perjudica.

No hay nacion que haya dejado de tener su apogeo, su declinacion y su ocaso. La India ilustró á Egipto; de este aprendió Grecia; de Grecia Roma; y Atenas y Roma fueron el faro luminoso que alumbró la civilizacion europea, que ha derramado por los mundos viejo, nuevo y marítimo aquella luz reverberada. ¿Y qué ha sido despues la patria de los indus, egipcios y griegos? El asilo de la supersticion, el anacronismo de la servidumbre y el foco epidémico mortífero. Por el contrario ¿quién reconocerá la cuna de la *barbarie germánica*, que aún nos asusta con el eco horrísono de sus atrocidades, en ese país clásico de la Europa central, que disputa á los más adelantados la vanguardia de la ilustracion?

Pues ved á la América del Norte, adulta sin infancia, y mo-

delo de omnímodas libertades, que se despedaza con furor africano, que guerrea destruyendo leguas de rails y quemando depósitos de algodon, y que con toda su virilidad apela á las conspiraciones de las sociedades caducas, y al corso de los antiguos berberiscos. Recorre, como todos los pueblos, los signos de su eclíptica: que si desde el candor de Virgo se pasa á la potencia enérgica de Leo y de Tauro, tambien se enciende la guerra de Sagitario, y se ceja al retrógrado Cáncer y al disolvente Acuario.

En la vía escéntrica por que camina la humanidad, á un período de adolescencia suele seguir otro de madurez y otro de decrepitud. El vigor renace bajo la egida de un poder sábio: amanece una aurora de prosperidad y se reanudan los cabos sueltos de la tela de Penélope. La plenitud de vida trae á veces la fiebre: se engrien y desvanecen los espíritus fuertes, se descompone el movimiento, y á los sustos y peligros de vaivenes y de vuelcos, ó al cansancio de la brega y de la pugna, sobreviene el marasmo de algunos, el envilecimiento de no pocos y la inquietud de todos. Una espada tajante levanta del polvo el derecho caido y se lo abroga por completo. Mas como esa plétora de vitalidad en una sola cabeza es mortal de necesidad, á la opresion que intimida sucede el descontento sordo, luego las quejas manifiestas, y despues los gritos valientes; y la *revolucion de abajo* echa por tierra al déspota, no sin que las heces del fondo se mezclen con la superficie pura, y el todo se enturbie. Restablécese la regularidad y sigue un período de transicion más ó ménos breve: si hay falta de tino directriz, vuelve á entorpecerse el juego de la máquina política. Entonces acaece una de dos cosas: ó se encarama un audaz, que inaugurado en el mando en brazos del pueblo, derriba el andamio que le sirvió de escala; ó no pudiéndose entender los vencedores, delegan la direccion en pocas manos, que rara vez satisfacen, que se mudan de contínuo, hasta que estos mismos delegados acaban por reconocer la imposibilidad de marchar de esa manera. Tal

convencimiento, y la propension del poder á ensanchar el círculo de accion, traen un golpe de Estado, una *revolucion de arriba*, que lanza á la sociedad de nuevo por el camino de las oscilaciones. En último análisis, ningun tirano dura más tiempo que el que le sufren los oprimidos, ni las naciones disfrutan más libertad que la que merecen. Con pocas escepciones sustanciales, aunque con tantas de modo, que han hecho asegurar, que ningun acontecimiento se repite lo mismo; este es el curso histórico de todas las sociedades, y el que tendrán los pueblos venideros. No es profecía; es un raciocinio que considero rigurosamente lógico.

Porque ni la potencia individual, aunque sea la de un Peel ó de un Napoleon I, ni la potencia colectiva social, en que todos ponen lo que tienen, alcanzan á contrariar las leyes de la naturaleza. Así en lo particular como en lo universal, el movimiento de accion y reaccion es incesante: se restablece el equilibrio entre los intereses, para volverse á perder en sentido opuesto: es un movimiento de báscula, en que el aplomo representa la paralizacion y la muerte. La historia de los negocios humanos está dibujada bizarramente en el flujo y reflujo del Océano.

El hombre se modifica con las limitaciones estereotipadas en su naturaleza: las generaciones recorren la série de los siglos ganando y perdiendo, unas veces más, otras ménos, ya con lentitud, ya de pronto; pero juntas todas esas vicisitudes, siempre vienen á dar sumas análogas. Los hombres que nos describen Homero, Lucano y Sócrates, son los hombres que nos pintan en serio ó en caricatura Montaigne, la Bruyere y Quevedo. Las leyes de Fohi y de Confucio, las de Sesostris, Licurgo y Solon, las de Justiniano y D. Alonso el Sábio reconocen fundamentos iguales, suponen las mismas tendencias en la humanidad, y se encaminan al propio fin de mejorar la sociedad, reprimiendo á los malos y opresores y protegiendo á los buenos y débiles. Los *vedas* indios, el *zend-avesta* persa, el *talmud* de los júdios y el *koran* de los mahometanos, ponen de

manifiesto que siempre y en todas partes ha existido la idea gérmen de la divinidad; por más que el desvarío la haya envuelto en teogonias disparatadas, simbolizando los dioses con objetos repugnantes y vergonzosos. Un mapa-mundi en que estuviesen representadas las gentes por las imágenes de aquellos cultos humillaria demasiado la vanidad humana. Y no queramos rehuir el argumento, atribuyendo solo á los antiguos grandes extravíos: que tambien los hay entre los contemporáneos: que no faltan hoy magos, ni agoreros, ni hechiceros, ni género alguno de soñadores y visionarios. A largas distancias van los ilusos en busca de curanderos, de saludadores y de quien les diga la buena ventura. Y no es la causa de estas erratas la codicia de los embaidores, sino la torpeza y anchas tragaderas de los que en ellos creen.

Contamos los modernos con un elemento eficacísimo de civilizacion, de que carecian los antiguos. Tenemos el prodigio de la imprenta, que difunde á todas partes y aceleradamente los conocimientos, y que dificulta que lo publicado caiga en el olvido: es innegable. Mas esta ventaja, nunca bastante ponderada, no debe tranquilizarnos por completo, respecto á las eventualidades del porvenir. Sin esos cataclismos generales, posibles en el globo terráqueo, por solo el curso regular de las cosas, escasean tanto ciertos impresos, que se cuentan los raros ejemplares existentes, y algunos hubo que completamente han desaparecido. ¿Quién ha visto en letras de molde el *Buscapie* de Cervantes? Aun con el recurso de la tipografía son de temer las pérdidas y la retrogradacion de los conocimientos. Gran parte del género humano piensa y obra sin los libros; muchos prescinden de ellos y van contra ellos; y algunos hasta los condenan á la hoguera. Además, el número de volúmenes, de folletos y de periódicos es tan inmenso, en solos cuatro siglos, que se hacen descubrimientos entre el polvo de las bibliotecas, como escavando en las ruinas del Herculano y de Itálica.

No obstante los portentosos adelantos de nuestra época,

todavía tiene lunares poco honrosos la civilizacion presente. Para evitar el despotismo de autócratas voluntariosos ó de oligarquias prepotentes no hemos discurrido hasta ahora otro medio que el de las mayorías, que es en verdad bien antiguo y casi primitivo: ora se escatime en la práctica con restricciones elásticas, ora se le den las apariencias de universal sufragio. Sea la influencia moral de los gobiernos, sea la intimidacion de los osados sobre los pacatos, sea la corrupcion de cotizar los votos ó de regalarlos á notabilidades de campanario á trucco de mercedes y servicios, sean las cábalas de los partidos y de los agitadores; la experiencia enseña aquí y fuera de aquí cuanto hay que desconfiar muchas veces de las que se dicen manifestaciones del voto público.

¿Y cuántas contradicciones no existen aún en el siglo filosófico? Las leyes naturales, civiles y religiosas prohiben el aceptar un desafío: y la ley de la opinion castiga el rehusarlo con la pérdida de la honra y de la estimacion. Se predica en unas cátedras contra el lujo y el fausto y se demuestra en otras, que la extension de los goces y aún de los caprichos aumenta los consumos, y es el mejor aliciente de la industria. La ley de la opinion hace, por una parte, depender la honra de un marido de la conducta irreprensible de su mujer, y por otra le condena y ridiculiza, si por medio de atenciones discretas y de complacencias prudentes intenta precaver la inconstancia de la esposa. Hasta los veinticinco años no se declara al hombre mayor de edad, ni se le permite disponer libremente de parte alguna de sus bienes: y á los catorce se le autoriza para textar de todos y para ser padre de familia, y á los diez y seis se le consiente la enagenacion perpétua de su libertad. Nos vanagloriamos de haber borrado las diferencias de casta y de rango, de haber establecido la igualdad de los ciudadanos, y exceden los títulos nobiliarios nuevos á los rancios, y tratamos con desden ó altanería á los domésticos, que nuestros padres sentaban á su propia mesa.

Hemos restablecido el decoro y la salubridad de los templos arrancándoles de cuajo la pestilencia de las sepulturas: hemos llevado á los que se van, léjos de los que se quedan; y miéntras que tanto ha ganado la higiene pública, ¿no ha perdido mucho la modestia y la humildad, tan convenientes en la primera de las postrimerías? ¡Qué afan por mausoleos y distinciones fúnebres! ¡Qué vanidad por esculpir en mármoles y en letras mayúsculas nombres que no se vieron escritos en vida de los que los llevaron! ¡Y qué mal sientan el orgullo y la vanagloria con el pesar y las lágrimas! (1)

Aunque á Cárlos III se debe la sábia providencia de los campo-santos, todavía encontraron repugnancia y dificultades de mil géneros: los doce que existen en Madrid datan de este siglo. Pues si en cincuenta años hemos necesitado 2.453 áreas de terreno, ¿qué sucederia á haber sido nuestros ascendientes tan avaros de pompa mortuoria? ¿Qué? Yo os lo diré. Atendida

---

(1) Superficie que ocupan los cementerios de Madrid en 1864, segun los datos topográficos del Sr. D. Juan Ribera, uno de los autores del plano geométrico de la córte y actual ingeniero jefe del Canal de Isabel II.

CEMENTERIOS.	Metros cuadrados.
De San Sebastian	9.579,50
— San Nicolás de Bari	9.065,55
— San Isidro	46.690
— San Justo	9.396
— la Sacramental de San Lorenzo	6.939
— los Ingleses	3.269
— la Sacramental de Santa María y Hospital general.	3.790,58
— la Sacramental de San Luis	24.162,95
— la Sacramental de la Patriarcal	66.035,12
— la Sacramental de San Martin y San Ildefonso	29.986,91
General de la Puerta de Toledo	28.337,31
General de la Puerta de Bilbao	8.060,86
TOTAL	245.312,78

la poblacion media de Madrid en el presente siglo y la superficie que ha ocupado con sus difuntos, resulta: que si á ese respecto hubieran procurado sepulturas, nichos, panteones y sarcófagos, todos los españoles desde el reinado de los Reyes Católicos, la cuarta parte de la Península seria hoy campo-santo: y que si nuestros antepasados, desde el establecimiento del cristianismo, hubieran tenido en esta parte nuestra ostentosa conducta, ni un palmo de terreno habria quedado en España para la agricultura: el cementerio seria la morada comun de muertos y de vivos. Asustaos, escandalizaos, si os place; pero no me acuseis de exageracion, que anotado veis el dato.

Para no fatigar más vuestra atencion y para que se retenga mejor cuanto he aducido al desenvolver y justificar mi tésis, voy á condensar en breves párrafos las afirmaciones, negaciones y dudas que dejo sentadas.

La especie humana en virtud de sus facultades ingénitas, ha perfeccionado, perfecciona y perfeccionará, contando con condiciones favorables para ello; pero ha tenido y tendrá épocas de postracion y de decadencia, en circunstancias desventajosas.

La capacidad perfectible del hombre tiene límites naturales, que no puede traspasar. Con solo violentarse á querer saltarlos, se desordena y trastorna, y de hecho retrocede, debilitado por sus arrogantes esfuerzos.

Tanta exageracion hay en maldecir la materia, que es obra augusta de Dios, como en envilecer el espíritu con la idolatría de la fuerza. Lo moral y lo físico existen en amoroso consorcio, que á nadie es dado romper sino á la muerte. Los astros que cantan la gloria del Criador, reverberan tambien otras creaciones divinas: la inteligencia portentosa de Newton, Copérnico y Laplace. El mismo orígen tiene el dón del talento, con que seduce y domina un solo hombre á millares de hombres, que el dón de la belleza, con que una Eva pone á sus piés al sexo fuerte.

Si la educacion es débil é impotente en algunos casos, es eficacísima en la generalidad de los individuos, regularmente aptos para todo, y aún en los sugetos excepcionales, respecto de sus facultades medianas. Los gobiernos ilustrados deben consagrar su celo á la educacion pública como medio seguro de mejora social: los directores y maestros de la juventud, estudiando bien su vocacion verdadera, pueden alentarla confiadamente con esperanzas de adelantamiento: los amantes del progreso han de reconocer en la educacion la palanca de Archímedes, que puede elevar grandes pesos y remover masas enormes, pero que no tiene punto de apoyo para levantar el mundo.

El período que hoy recorre la humanidad es indudablemente de adelantos y mejoras trascendentales. Por mucho que aguceu el ingenio, no lograrán probar otra cosa los destronados, que han perdido su posicion, ni los que pierden las ilusiones de exigencias exorbitantes. Se han relajado vínculos convenientes; se han conmovido piedras angulares; es cierto: estamos en la situacion del cautivo de muchos años de cadena, que al verse libre de la opresion, dispone mal de sus miembros entumecidos y de sus enervadas fuerzas.

El estado de perturbacion social es irregular, y por consiguiente transitorio: el poder público cuenta con elementos de mando. Jamás faltarán altares concurridos, ni autoridad obedecida; que el Criador ha impreso en el hombre el sentimiento de la veneracion.

Es una quimera creer que llegará el género humano á una dicha completa, en que no habrá guerras, ni conquistas, ni rivalidades nacionales, en que desaparecerán el hambre, la prostitucion, la miseria y los crímenes. Unicamente se logrará atenuar estos males, minorarlos, consolarlos, á riesgo de dejar otros desatendidos, ó de avivar algunos casi apagados. Los que aguardan tal trasformacion y bonanza en el mundo, que ni acontecimientos habrá, experimentarian gran desengaño si

fueran eternos. No temo soltar esta prenda á la crítica de los coetáneos y al fallo decisivo de los venideros.

Tambien es error grave, á la par que un agravio injusto suponer, que los que negamos la perfeccion absoluta del indivíduo, queremos que la humanidad se entregue al fatalismo, á la inaccion, y que renuncie á las esperanzas del porvenir. No es eso. Debemos renunciar á confianzas vanas, á delirios y ensueños de celebros calenturientos, á utópias ilusorias, á quimeras de visionarios; pero trabajando sin cesar y con fé viva para alcanzar los adelantos racionales: que aún hay muchísimo que hacer dentro de lo posible. Y debemos renunciar á lo física, metafísica y moralmente imposible, para que el calor y la energía de nuestro espíritu se fijen en lo hacedero y no se malgasten. Y debemos renunciar á las quimeras, para que contando con que siempre ha de haber pasiones é injusticias y escesos y escándalos, no vayamos neciamente contra la sociedad, contra la familia, contra la propiedad y contra la autoridad, que eternamente han de ser cosas precisas é insustituibles.

Mas al creer, con toda seguridad, que así han pasado y pasarán los negocios humanos, no podemos desconocer que hay muchos que los ven de otra manera. ¿Como estrañar la divergencia de pareceres, cuando desde el siglo XIII está escrito en el romance germinal del sábio autor del *Especulo* «que las voluntades é los entendimientos de los omes son departidos en muchas guisas, é por ende natural cosa es que los fechos é las obras dellos non acuerden en uno?» Mal pudiera admirarse de semejante fenómeno, quien reconoce que ese mismo desacuerdo constituye la armonía embelesadora del universo: quién cree que la igualdad de cultura y de aplicacion harian morir al género humano de fastidio ó de idiotismo: quién sabe, en fin, que la simetría es el hastío, que la uniformidad hace bostezar, y que suele ser pena más terrible que la de padecer, aquella en que el condenado se aburre.

Sí, señores: todos los pareceres, todos los esfuerzos, por encontrados que parezcan, son necesarios en la gran máquina social. Los que empujan, los que retroceden y los que templan el movimiento, todos contribuyen á la marcha, por más que cada cual se duela de no ser el primer móvil: todos concurren á que la humanidad siga su curso, siquiera unos aflojen cuando los otros tiran, ó anden algunos acelerados miéntras los otros cejan. Sin el freno de los tímidos, más de una vez nos estrellaríamos; sin el empuje vigoroso de los osados, el ciudadano se veria convertido en un ilota maniatado; sin el compás y el aplomo de los prudentes, la balanza estaria sin fiel y la nave sin brújula. Entre la inmovilidad walona de aquellos, propia de centinelas sepulcrales, y el paso de Luchana de esotros, únicamente sostenible en momentos supremos, se encuentra el equilibrio de la razon, el nivel del buen sentido, la línea que separa lo conveniente de lo extremado, y el coto que distingue el progreso posible de la perfectibilidad ideal.

Aunque viejo y gastado, todavía pongo esa itacion divisoria más cercana al movimiento, que es la vida, que al retroceso, que es la muerte. No sirvan los obstáculos vencibles de pretexto al quietismo: no consintamos que la ignorancia se prevalga de los males inevitables para atacar la ciencia. Bien vamos hácia adelante: no volvamos la vista atrás.

CONTESTACION

DEL

SEÑOR DON LAUREANO FIGUEROLA.

Señores:

Un melancólico recuerdo señorea siempre las solemnidades académicas en que, por la recepcion de un nuevo consócio evoca el alma como presentes los dias pasados en compañía de personas queridas, de académicos dignísimos como el Sr. Pastor Diaz, á quien hoy sustituye el no ménos digno y aquí presente D. Fermin Caballero. El carácter poético y apasionado de Pastor Diaz que descuella en sus escritos no desaparece por completo en su vida pública, y muéstrase en el círculo de las opiniones á que rindió culto, ardiente tanto como sincero en el modo de realizarlas el hombre de gobierno. Al eclipsarse su estrella en el ocaso y marchar hácia las inmensidades de los cielos, brilla en el opuesto horizonte la no ménos explendente de D. Fermin Caballero, quien con universal aplauso de este Cuerpo científico y por el voto unánime de los individuos que le componen fué llamado á ocupar la vacante que el Sr. Pastor Diaz dejára. Condiciones singulares establecen el contraste entre el académico que fué y el que alborozados recibimos. Tambien es el Sr. Caballero, como Pastor Diaz, escritor elegante al par que profundo, y hombre de gobierno que ha señalado el buril del tiempo por su rectitud y alteza de miras. Lo castizo de su lenguaje, lo incisivo de su pluma, el carácter científico de sus estudios, la precision de sus ideas, la direccion

útil de sus investigaciones á el procomunal y el conocimiento práctico y experimental que en el curso de su vida ha hecho de la gobernacion y legislacion del país en los más elevados cargos públicos, así como de las minuciosidades, pequeñeces y nimiedades de la vida de aldea observada durante muchos años de retiro; han permitido al Sr. Caballero dar cima á notables trabajos, y entre ellos, y sobre todos ellos al que despertó su atencion, excitada por esta Academia, cuando planteó el tema sobre la repoblacion rural que tan magistralmente ha venido el Sr. Caballero á resolver como el problema agrícola de los presentes dias, de la misma suerte que Jovellanos, al principiar el siglo, determinó el de aquella época, escribiendo el *Informe sobre la ley agraria*.

Hoy al entrar en este recinto, al sostener ante esta ilustre corporacion, que el hombre es perfectible, pero no infinitamente; afirma con nuevas y señaladas manifestaciones el carácter analítico que le distingue, las aplicaciones útiles que busca y el alto fin que siempre se ha propuesto en todos sus trabajos especulativos y prácticos. Sí, el hombre es perfectible. Cuestion es esta que, sea cual fuere la escuela filosófica á que se rinde culto dentro de la esfera de los estudios humanos, no penetrando en la region de lo divino, en comun concierto y aunadas voces confirman semejante doctrina todos los espíritus pensadores. No es la vanidad humana halagada por el propio enaltecimiento quien conduzca á tales deducciones, sino la razon fria y desapasionada, la evidencia nacida de los hechos que, eslabonándose entre sí demuestran las formas de existencia en anteriores tiempos realizadas. Desenvuelve este argumento el nuevo académico con variadas, numerosas y convincentes pruebas sacadas de hechos perspícuos y que están al alcance de la generacion viviente, comparando las maneras de existir que en la memoria de todos se registran, imperfectas, incómodas y costosas en parangon con las más acabaladas que cada uno en su vivir obtiene, alcanzando las dulzuras y excelencias del bienestar hasta las clases desheredadas de la fortuna. Esta de-

mostracion que entra por los sentidos ántes que la razon convencida pronuncie su fallo, conduce al nuevo académico á conclusiones que combaten vulgares asertos y opiniones generalmente acreditadas, aún entre personas doctas que en nuestra pátria repiten en sentido afirmativo lo que negaba Cristóbal de Castillejo cuando decia:

Cualquiera tiempo pasado
fué mejor,

ó remontándose á más clásicos estudios admiten sin discusion y como fórmula filosófica los arrebatos líricos del poeta que escribiera:

Aetas parentum, pejor avis, tulit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosiorem.

Ciertamente, examinando los aspectos de la vida de una manera parcial é incompleta, puede presumirse que han existido épocas de perfeccion superiores á la nuestra, y deducir consecuencias opuestas por efecto del punto de vista limitado y estrecho en que el observador se coloca. Si en el arte y en la ciencia de la Grecia fijamos nuestra mirada, ¿cómo no exclamar ante las maravillas del cincel de Zeuxis y Praxiteles, ante las armoniosas líneas del Propileo y de la Acrópolis ateniense, que el arte llegó entónces á sus manifestaciones más bellas? En aquel pequeño territorio donde la trasparencia del cielo, la magnificencia del mar sembrado de islas encantadoras, y la suavidad del clima de la península en que tantos portentos se encerraban, convidaba, por decirlo así, al ingenio para las concepciones estéticas; florecieron los arquitectos y escultores más ilustres, que crearon líneas y figuras en armonía con la explendente naturaleza que las inspiraban. Y el lenguaje dórico y jónico que hoy sirve todavía de base á la nomenclatura científica expresó los más atinados conceptos del saber de Sócrates, Platon y Aristóteles, de Hipócrates, Anaxágoras y Políbio, que el mundo acata todavía, miéntras que conservan su primacia poética el decir vigoroso y riquísimo de

Píndaro y Homero. Bajo el aspecto del derecho, ¡cuán magestuosa y magnífica se presenta ante los hombres la obra secular, no interrumpida, desde la república al imperio, de la legislacion romana, que ha merecido el justo tributo de acatamiento, que el mundo civilizado le rinde al calificarla de *razon escrita!* Y si paramos mientes en los ciclópeos mecanismos de la industria moderna, ¿cómo negar la evidencia del imperio ejercido por nosotros sobre la materia subordinada á nuestro servicio cual nunca aconteciera en edades anteriores? En tanto, que flaquea la nuestra en belleza artística, grandeza literaria ó unidad política, alcanzadas una en el siglo de Perícles y otras en los de Augusto y Leon X.

Esos grandes y poderosos argumentos contra la perfectibilidad sucesiva y constante muestran muy luego la debilidad que encierran por su propia naturaleza. La supremacía griega en el arte y en la ciencia forman contraste inevitable con la flaqueza de su organismo político y la corrupcion introducida por un politeismo que deifica las fuerzas todas de la naturaleza y rinde culto á todos los vicios del cuerpo, en tanto número crecidos que ni aun en la abyeccion imperial latina hay nombres con que calificarlos, cuando lo tenian determinado y concreto en la existencia griega. Ni ¿cómo podríamos comprender ahora que el magnífico monumento de la legislacion romana se levantase, cuando la moral huía avergonzada de la Corte de los Césares sustituidos á los Dioses, y á quienes por el sofisma de Evemero se rendia culto, siendo cada uno de ellos compendio de todas las torpezas que no consentirian hoy en el Sólio á un Trajano, relativamente mirado como bueno, mientras que la historia registra en sus anales costumbres de ese Emperador que cual á la mujer de Loth nos convirtieran en estátuas de sal si volviésemos la vista atrás para mirarlas?

En el decurso de los siglos ha sostenido su valer semejante opinion por la creencia pagana de que despues de una revolucion determinada de los astros volvian todas las cosas al mismo punto de partida y los indivíduos y los pueblos, como miembros

de esa concepcion panteística debian cometer eternamente las mismas faltas y sufrir idénticas desventuras. Y no concibiendo perfeccion en lo porvenir como ideal de nuestra existencia, colocaron la edad de oro en la cuna del género humano. Sin embargo, en la region de la ciencia, Aristóteles con su admirable ingenio observó que la verdad solo se descubre sucesivamente, trabajando todos de consuno en labrar cada una de sus mil facetas que han de comunicarle diamantino esplendor. Aplicando está doctrina decia en su Política (II, 5): «Las leyes »antiguas eran sencillas y crueles con esceso..... nuestros »antepasados se parecian probablemente al vulgo y á los igno»rantes de nuestros dias.»

Ciceron que ya negaba la ley fatal del destino, tiene un sentimiento vivísimo de progreso en el terreno filosófico cuando dice: «Las cosas mas nuevas son ordinariamente las mas exac«tas y seguras», y Séneca y Plinio, estudiando la naturaleza, muéstranse animados de iguales convicciones, expresándose con resuelto lenguaje respecto á los arcanos cuyo descubrimiento constituye el lote de venideros tiempo.

El celo de los moralistas y de los místicos para reprender y mejorar las costumbres de su tiempo, da rienda suelta á su melancólica fantasía y recargan la pintura con los colores más negros de su paleta. Basta abrir cualquier libro predicable ó tratado de arbitristas, ó peticiones de Córtes, ó correspondencias de ilustres personajes y las crónicas y los anales de todos los países, para convencerse de que en aquel momento en que las escribieron y segun la opinion y el punto de vista de quien escribe, no hubo ántes tiempo peor, miseria más grande, calamidad más espantosa que aquella que les abruma; y las pestes, y las hambres, y las guerras, y todas las plagas que á la humanidad aflijen, en comun concierto parecen justificar las opiniones así expresadas. Pero este mismo estudio y esas que podríamos llamar variaciones sobre un mismo tema observadas desde mayor altura y con encadenamiento lógico, por la série de evoluciones de la vida, van demostrando que si hay

momentos de parada y en verdad de grande afliccion para las generaciones que los sufren; la humanidad considerada en conjunto vé sucesivamente aliviadas sus penas, socorridas las miserias, alentado el espíritu, suavizado el sentimiento y más enérgica la voluntad para el individual provecho y la prosperidad colectiva.

Porque esta es la ley de la historia que con razon calificó el Orador romano de maestra de la vida. Si los séres inferiores que pueblan el planeta que habitamos en sus leyes químicas y físicas y dadas sus condiciones de existencia, obedecen siempre de la misma manera á su constitucion atómica ú orgánica y no se modifican sino bajo la accion humana, por ello la rama de la ciencia que llamamos historia natural ha cumplido su objeto desde el momento que logra estudiar un solo indivíduo de cada especie; en tanto que el hombre al observarse á sí mismo vé crecer desmesuradamente las dificultades del estudio por la posibilidad de ser educado, es decir, por la aptitud que tiene de utilizar en provecho propio las experiencias de los demás combinadas con las que nacen en sí mismo, bien expontáneamente, bien por efecto del caudal recibido. Hé aquí el resúmen de la oracion tan galanamente desarrollada por el Sr. Caballero, como estudio muy digno de esta Academia en que los problemas humanos son planteados y no pueden serlo de otra suerte, sino en cuanto la idea de la perfectibilidad tenga asenso entre sus ilustres miembros. Ni es maravilla que una y otra vez sea discutida cuando á fines del pasado siglo un escritor, tan distinguido retórico como paradójico pensador, J. J. Rousseau acreditó nuevamente adornándolas con vistoso ropaje las doctrinas hoy combatidas por el Sr. Caballero, suponiendo un estado de naturaleza que nunca ha existido y una perfeccion del hombre salvaje contrapuesta al estado civilizado, que en vez de perfectible consideraba como de degeneracion y decadencia; formando cuerpo de doctrina con aquel célebre contrato social acerca de las formas de gobernacion de los pueblos que ha preocupado y distraido del

recto sendero las especulaciones científicas. Acaso el objeto de Rousseau, fué muy otro del que le atribuyen sus encomiastas. Quizás como Platon al escribir su *República* quiso censurar delicadamente á los atenienses, como Tácito á los romanos, idealizando las costumbres germánicas y cual en el pasado siglo se idealizaba á los griegos y romanos olvidando la triste condicion de los ilotas y esclavos, para afirmar un Estado de Gobierno hasta entonces desconocido en Francia. Pero sea conviccion profunda ó sátira incisiva, por fortuna el método experimental que predomina en las ciencias y el caudal de medios con que cuentan los observadores para depurar los objetos analizados, abstrayendo toda circunstancia accidental, destruyó muy en breve los fascinadores paralogismos del retórico ginebrino exagerados por sus imitadores. Los navegantes que han visitado tierras, ántes no exploradas, con un simple instrumento, el dinamómetro, demostraron que el hombre salvaje en sus fuerzas físicas no podia sostener la comparacion con el hombre civilizado y en la carrera y en la lucha, en todos los ejercicios gimnásticos, en la perfeccion de los sentidos y en las astucias de la caza y de la guerra, los pastores y labradores europeos, tenian iguales si no superiores aptitudes. Y cuando el europeo arribando á playas desconocidas por medio del buque que es el resúmen más cumplido del saber de cada siglo, no acreditase la superioridad de la civilizacion que en sí misma entraña la demostracion de la perfectibilidad; basta fijarse en un sentido el más exterior y el más importante, cual el de la vista que se supone superior en el salvaje. Aun cuando se admitiese esta proposicion como demostrada, las invenciones de la óptica labrando cristales cóncavos ó convexos, ha dado á las imperfecciones supuestas de la civilizacion, un agente poderosísimo supletorio para contener la enfermedad en sus estragos y magnífico instrumento para registrar los arcanos de los cielos y las maravillas del mundo microscópico. Considerad, señores, por un momento las emociones del alma privilegiada de Galileo, cuando por

primera vez le fué dado dirigir el objetivo del telescopio hácia las constelaciones que descubre la simple vista, y las grandezas de la creacion le fueron reveladas con el sin número de cuerpos celestes que pasaron por delante de sus pupilas. Hoy que las rayas del espectro de Fraunhofer han venido á traer la evidencia de que la materia cósmica es de naturaleza idéntica á las sustancias que constituyen nuestro planeta; esa facultad de la vision del hombre civilizado se ha espiritualizado, si cabe decirlo, y la paradoja de Rousseau queda relegada entre las declamaciones de moralistas atrabiliarios que solo vieron parcialmente lo que es necesario examinar con el telescopio y el microscopio de la ciencia

---

Como en las facultades físicas así prosigue la descripcion en las racionales y no es mi intento reproducir cual en un espejo las atinadas, justas y elevadas consideraciones que el señor Caballero acaba de exponer con tanta erudicion, singular acierto y nobilísimo objeto. El problema de la perfectibilidad humana no envuelve en ningun caso la idea de que las facultades que al Supremo Hacedor plugo dotarnos puedan ser aumentadas en número sino desarrolladas en su forma. No es cuestion de cantidad distinta, sino de calidad educada, formando su combinacion las diversas aptitudes y vocaciones de cada hombre en el período de su vida, y de cada pueblo en el momento histórico en que le está deparada la direccion de los demás, ínterin no llega un dia en que la existencia de todos se combine de tal manera y se compenetren en tal modo, que para toda la humanidad se realice lo que en la Europa civilizada vá teniendo lugar por las relaciones armónicas de los individuos. Tan noble propósito entraña el discurso del Sr. Caballero, y para estimarlo en su concepcion completo, basta considerar que

no podia escapar á su fina observacion y leal sentir que la perfectibilidad humana nunca puede convertirse en perfeccion, porque es ley de su naturaleza en su vida terrestre estar encerrada dentro de límites finitos siendo el problema moral cual el geométrico, en que la cuadratura del círculo puede aproximarse indefinidamente, mas nunca expresarse por una ecuacion algebráica.

La ley de perfectibilidad tiene la mayor demostracion en el cristianismo; no en la doctrina revelada inmutable por su naturaleza dogmática, sino por el cambio fecundísimo que produjo en el modo de comprender la felicidad que en la antigüedad era toda material y absorbida por la completa satisfaccion de los goces físicos. Por el cristianismo la felicidad estribó en la salud de las almas, en un goce puramente espiritual y del que el hombre no puede formar cabal idea, porque tiene su complemento en otra vida. Si luego las invasiones de los bárbaros durante cinco siglos pudieron acreditar con aparente razon la decadencia de la humanidad, contenian en sí gérmenes de vida y traian al mundo elementos vírgenes, que ignorados por quienes los pusieron en obra, hemos podido apreciar y agradecer los que gozamos del bien obtenido, sin los trances y amarguras de aquellas generaciones desdichadas.

Al sistematizar en los siglos medios esta doctrina, el hombre mas notable de aquellos tiempos, el franciscano Rogelio Bacon decia: «La verdad crece siempre mediante la gracia de Dios. »Cierto que el hombre no alcanza nunca la perfeccion, pero va »siempre perfeccionándose.» Descartes, aunque circunscribiendo la idea á la esfera de la ciencia, cree que puede esta adelantar y por ella el hombre exhimirse de una infinidad de enfermedades, tanto del cuerpo como del espíritu, si se alcanza el conocimiento de sus causas y de los remedios de que nos ha provisto la naturaleza. Pascal cifra en la instruccion del hombre la ventaja de que saque provecho no solo de su propia experiencia sino de la de sus predecesores y Leibnitz asienta la proposicion que «andando el tiempo el género humano alcance tal vez un grado

»de perfeccion que ahora no podemos imaginar.» Condorcet con el hacha de la guillotina suspendida sobre su cabeza escribió su *Ensayo sobre los progresos del espíritu humano* y el escéptico Gibbon en Inglaterra, y Lessing en Alemania, y Herder en medio de sus vacilaciones confirman la misma doctrina.

Si una credulidad complaciente, si la indolencia del pensamiento, si un estudio incompleto autorizaron hasta ahora la opinion contraria; los hechos estudiados en grandes grupos y la expresion unánime de los varones ilustres de todos tiempos condenan para siempre una opinion de hoy más puramente vulgar después del discurso del Sr. Caballero. La idea de la perfectibilidad liga suavemente los hombres de tódos los siglos con una ley misteriosa que no permite blasfemar ni hacer irrision del pasado por sus imperfecciones corregidas al través de los siglos, por medio de amargas y crueles experiencias, quitando pretextos al orgullo de nuestra edad que goza de los beneficios acumulados por las anteriores, mientras que aporta contingente respetable para las venideras.

Sí; el hombre es perfectible pero no infinitamente perfectible; el espíritu, el alma considerada aisladamente, puede serlo frisando esta cuestion metafísica con las más elevadas de la teología á cuyos umbrales se detiene quien carece de competencia en letras divinas. Pero basta considerar que si el hombre se halla extraviado en medio de las dificultades y sinsabores de la vida sensible, desde el mas ínfimo estado de cultura puede su alma elevarse gradualmente á la contemplacion de la verdad y sin cesar ir adelantando en su conocimiento, en el sentimiento de lo bello y en el cumplimiento de lo bueno, pudiendo acercarse tanto á la perfeccion que el goce del Supremo Bien sea transicion fácil de concebir, puesto que como infinito se presenta en todos los aspectos de la moral, de la ciencia y del arte.